vertice
REVISTA UNIVERSITARIA DE IDEAS, ARTES Y LETRAS

REVOLUCION



En nuestro medio, hoy, no se habla de revolución. Se grita sobre revolución. Estos gritos, acompañados de un snobismo —como todo snobismo repelente—, ha favorecido la expansión de una conciencia errónea sobre este tópico. Postura que no lleva a ninguna meta, y que conduce por su equivocación a ilusiones que producirán esterilidad y desengaño.

Entiende nuestro medio que la revolución es labor de políticos, única y exclusivamente. En la Universidad son estos quienes gozan de las simpatías de las mal llamadas mentes revolucionarias. Este error, consecuencia de una propaganda intensa y constante, bien acogida por nuestra facultad superdesarrollada de credubilidad ante las palabras poéticas y altisonantes, nos impide ver los hechos tal como son.

La revolución es necesaria. Pero es necesaria no para variar un poco el panorama que presenta nuestro pueblo, sino para reincorporar nuestra civilización, nuestro ambiente, a nuestra cultura cristiana. No es por lo tanto, su único fin el cambio de lo externo, de aquello que daña nuestra vista, sino el logro de este cambio como consecuencia de un encuentro nuevo con la ruta que hasta el momento ha sido la fuerza dinámica de nuestra civilización. Hay que reavivar la cultura, para que se revolucione la civilización. Mientras no se entienda así, nos convertiremos a los ojos de la Historia, en un ejemplo más de tapa-huecos; nos incorporaremos al número de las famosas revoluciones-fracasos que llenaron de sangre o de odios su tiempo y dejaron al hombre con sus mismos problemas ante diferentes decorados, sin haberles entregado un camino más fácil hacia la solución.

La idea de revolución, como idea que aspira a su realización, es materia de estudio y meditación, y no tópico de moda del que es bien visto hablar cuando a nuestro alrededor se encuentra un grupo más o menos numeroso de gente dispuesta a escucharnos. Transformada en palabras, la revolución queda convertida en adorno personal que sirve para un lucimiento de individuos, lo que provoca la sospecha de su ineficacia. La revolución necesita previamente para que se pueda empezar a realizar, un acerbo cultural, y este se consigue leyendo, estudiando y pensando. La revolución no es exclusivamente de masas sino de grupos de individuos que personalmente han luchado por alcanzar la cultura, fuente y vida de la civilización en sus diferentes aspectos. Es aleccionador el contemplar cómo han sido gentes y mentes no nacidas en los límites de nuestras fronteras, quienes hayan logrado captar con mayor realismo que nosotros, la realidad de nuestro medio y de nuestro pueblo. Mientras tanto nosotros, ponemos la transformación de nuestra economía en grupos que han quedado afónicos de tanto gritar a la revolución, pero que desconocen el abc de la economía y el sentimiento y necesidades de nuestro pueblo; ponemos el cambio social en manos de quienes no han llegado a salir de los límites estrechos de unos libros y de unos gritos; ponemos la mutación de la educación en manos de gentes que pretenden hacer la mentalidad de nuestro pueblo con ideas que chocan con la idiosincracia de nuestro patrimonio personal.

No es fruto la revolución de palabras huecas, ni de gritos, sino del estudio personal, de la culturización de las individualidades. Es fruto de la unión personal de hombres que primero individualmente y luego en conjunto aspiran al bien común, poniendo como base su trabajo personal.

Hay que dejar las actitudes flojas y cómodas, no son aquel y aquel quienes nos tienen que cambiar las cosas, sino que somos tú y tú . . . y yo quienes lo lograremos. La revolución necesidad imperiosa para el logro de fines dignos y valiosos, es labor de trabajo, de estudio, de conocimientos y comprensión. Hay que dejar de gritar y empezar a estudiar y pensar, sólo así la idea revolucionaria volverá a ocupar su espacio, y entrará por los cauces de la vitalidad y la realidad.

N.° 7 - CARACAS, ENERO 1963 - APARTADO POSTAL DEL ESTE 5048 - Bs. 0.50

directorio

CONSEJO DE DIRECCION

NELSON GEIGEL LOPE-BELLO
ANTONIO SUELS ARANDA
JUAN GARRIDO ROVIRA
RAFAEL TOMAS CALDERA PIETRI
GUILLERMO YEPES BOSCAN
JOSE RODRIGUEZ ITURBE

CONSEJO DE REDACCION

MARCEL GRANIER HAYDON
MANUEL AZPURUA ARREAZA
GERARDO TALAMO BUSTILLOS
ANTONIO ABELLANAS ALFONSO
ELOY ANZOLA ETCHEVERS
RAFAEL PEÑA ALVAREZ

DIBUJAN:

AZIZ MUCI MENDOZA
ROBERTO GENTY TREMONT
LUIS PONS TAMAYO

DIAGRAMADO

JOSE SERRA BARTRONS

CORRESPONSALES

MARACAIBO: ITALO ALTIMARI G.
VALENCIA: OSWALDO GUERRA S.
MERIDA: GUSTAVO CAMARGO MORA
MARACAY: JOSE HURTADO G.

sumario n.° 7

El Inconformismo Revolucionario: *José Rodríguez Iturbe*

Estructura y Mentalidad: *Aristides Calvani*

La Revolución del Petróleo: *Wolf Petzall*

La Revolución en Nuestra Historia: *Ramón J. Velásquez, Guillermo Morón*

¿Qué Exigimos de la Revolución? *Rafael Tomás Caldera P.*

Libertad ¿Para Qué? *Eirene Rua*

El Mundo no nos es Ajeno: *Enrique Pérez Olivares*

Revolución y Cultura: *Fernando Cervigón*

Entrevistas con: *Luis Villalba Villalba y Remo di Natale*

¿Quién entiende "eso" de la revolución?

Resulta sumamente inquietante la problemática planteada en nuestro tiempo y, sobre todo, la planteada en los actuales momentos históricos por los cuales atraviesa nuestro país.

El horizonte socio-económico y político de las estructuras institucionales está llamando a vivas voces, a la realización de profundos cambios que sean respuestas valederas a las exigencias vitales que la vida en sociedad reclama. Es aquí donde se plantea el grave problema.

Quienes han seguido el camino de conductores de pueblos, de inspiradores científicos o técnicos del intrincado aparataje de la sociedad humana, en fin, de dirigentes en el proceso de desarrollo de los conglomerados humanos, se encuentran ante una realidad que, a la vez que produce una inquietante alarma, reclama nuevos senderos por los cuales transitar y por los cuales encontrar mejores perspectivas para la implantación de un orden adecuado a la verdadera naturaleza del hombre.

Advertimos actualmente un orden que se queja en la amarga desesperación de la injusticia.

Frente a tal realidad vemos cómo surgen de todas partes hombres que pretenden señalar soluciones y, sobre todo, la que ahora más nos interesa: *la vía de la Revolución.*

Observamos que tradicionalmente la voz *Revolución* ha estado salpicada de sangre, de violencias extralimitadas, de muertes... No pocas veces se ha conceptuado la *Revolución* como un simple, pero violento, cambio de gobierno, es decir, una mera sustitución de hombres en la dirección de la "cosa pública"...; otras, como cambios de sistemas de gobiernos, es decir, como cambio en la estructuración de los poderes de la Nación.

Las más profundas concepciones atienden, sobre todo, a la sustitución más o menos radical de las estructuras dentro de las cuales se desarrolla la vida de una sociedad, y aún dentro de esta fórmula hay quienes propugnan que tal cambio debe efectuarse al precio que sea, es decir, sin tomar en cuenta la existencia de verdaderos valores que es necesario respetar. Y hay quienes, por el contrario, a la vez que plantean la necesidad de un viraje y de una sustitución de las estructuras existentes por otras que respondan más acordemente a la categoría y dignidad de los hombres, sin embargo, están conscientes de que tal objetivo puede lograrse, no por medio de una acción orientada a la total y violenta aniquilación de lo ya existente, sino por medios pacíficos, respetando lo que amerite ser respetado porque en ello se ve la existencia de un valor que hay que salvar, pero aplicando inflexiblemente la implantación de las nuevas estructuras allí donde sea justo y necesario.

Cuando nos fijamos en los sectores que aparentemente son los más calificados para hacer uso del término *Revolución* y vemos la forma tan equívoca en la cual se presenta dicho término, se nos suscita de inmediato la gran preocupación, sobre todo, al volver nuestra atención hacia todas aquellas personas objeto de la prédica incesante de los "conocedores" del tema.

¿Qué confusión de ideas no se provocará en esas personas, y qué consecuencias no son de esperarse el día en que ellas actúen?

La situación actual es peligrosamente explosiva.

Las gentes quieren actuar y lo más pronto posible, dado que ya existe una conciencia creada acerca de la necesidad urgente de un cambio. *Gran parte del éxito o del fracaso de la Revolución que se tiene que hacer, radicará en el esclarecimiento preciso del contenido que la ilumine, así como también de la forma en la cual deba llevarse a cabo tal proceso.*

Cuando se logre fijar un criterio "básico" de acción y sobre él se actúe, aparecerá un horizonte más despejado y con mayor proyección de seguridad y de esperanza.

De ahí la grave responsabilidad de los que poseyendo una concepción auténtica de la *Revolución*, no se esfuercen al máximo con todos los medios lícitos disponibles en llenar las conciencias con esas verdades, señalando los caminos ciertos en una acción suficientemente capaz de erradicar en lo posible, la mentira y el error.

De ahí la grave responsabilidad de los que interesadamente predican la confusión y crean el desconcierto en las conciencias.

ROBERTO WALLIS O.



"El reto de la historia está lanzado y la generación de victoria está empezando a tejer, con luces de ideal encendido, la aurora más bella del mañana mejor".

EL INCONFORMISMO REVOLUCIONARIO

¡Revolución! ¡Revolución! Es el grito de moda que arrastra multitudes y simboliza de por sí un sin fin de esperanzas, de mañanas mejores. Pero por ser tantas las veces que lo hemos oído —en una asombrosa gama de tonos y ocasiones— tenemos el temor de que la voz, que entendida correctamente es bandera de inconformismo positivo, se convierte en palabra hueca, con sabor de demagogia, gastada por los aventureros.

Y nos duele, porque creemos sinceramente en la revolución; en la revolución integral. Su bandera es limpia y posee un inmenso contenido —mucho mayor que el que los palabreros piensan—. Nos duele porque corre el peligro de verse desvirtuada en su esencia más íntima por el uso insensato, superficial, alegremente irresponsable, de los que son incapaces de captar el fenómeno revolucionario en toda su dimensión; de los que por no mirar más allá de su propia vanidad se sienten impotentes para ser visionarios de su impronta —honda, profunda, permanente, repleta de Verdad—, y se dedican a jugar con el ansia rebelde de los hombres que esperan.

Los que toman la política como deporte o hobby (les falta la seriedad, la responsabilidad de los políticos auténticos, sería un insulto a éstos atribuirles el calificativo de "políticos" a secas), en medio de su espíritu acomodaticio, creen que está "de moda" el aparentar ser radicales para pedir con gritos destemplados el cambio de las estructuras —por demás necesario—, e incurren en fallas garrafales en su acción cotidiana motivada por la ausencia de una base firme de sustentación en su criterio.

Lo peor del caso es que contagian de su mal a los que surgen de ese volcán en erupción que es nuestro medio, con una confusión mental que alcanza a veces los límites de lo impensado. Y si alguna vez, como fruto de las circunstancias, arriban a posiciones de dirección, se encuentran —por su propia desorientación— en peligro inmediato de condenar al proceso revolucionario a la más tremenda frustración.

En primer lugar tenemos que decir que, para alzar la bandera de la revolución y ponernos a la vanguardia, marcando el rumbo de un momento crucial de nuestra historia, es necesario ser revolucionario. Y para serlo, tiene que existir previamente una toma de conciencia que nos haga vivir la decisión de ser no conformista frente a situaciones que pueden y deben superarse; que despierte en nosotros la capacidad de reacción. De ahí que tenga que emprenderse esa revalorización de los conceptos de que en cierta ocasión hablaba Alvaro D'Ors: "Cuando se dice del burgués que es un *reaccionario*, se emplea un término confuso. Se pretende usar la palabra para significar que reacciona contra el cambio, pero aparte de que el término está muy desprestigiado por el marxismo que lo aplica con profusión a los que no comparten su mentira, creemos que es más claro el término *conformista* para nominar a los no-revolucionarios, pues son los hombres de conciencia revolucionaria, los auténticos reaccionarios, los que tienen capacidad de reacción frente a situaciones que ameritan un cambio".

El inconformismo tiene que calar en forma tal en nuestras vidas que llegue a determinar, moronizándolo, un cambio total en la existencia. Si esto no ocurre, el edificio está fallando en los cimientos. No podemos creer en gesticulaciones y audacias de opereta si las vidas de esos hombres que pretenden actuar en primera línea constituyen la sinfonía más aguda de vicios, abulia y decadencia. Si queremos ser revolucionarios, la revolución tiene que comenzar por nosotros mismos y meterla después —con levadura trascendente— en los espíritus de aquellos que con nosotros conviven. Porque hemos de tener muy claro que la separación entre la creencia y la existencia, entre la fe y la vida, entre lo que pensamos y decimos y lo que hacemos, ocasiona la esterilidad más plena de un dinamismo transformante. Y en esto está el secreto de la revolución permanente. Ese inconformismo positivo —que dista mucho por su orientación y por su contenido de la chocante inadaptación, signada por el absurdo de los "rebeldes sin causa"— es el que nos lleva a comprender que nunca podremos sentarnos a la vera del camino y decir con voz cansona: "Hemos llegado". Es el que señala siempre nuevas posibilidades de superación y el que hace del cristiano el auténtico revolucionario, el revolucionario integral. Porque el marxista es un pseudo-revolucionario —no lo llamamos revolucionario, porque hablar de una revolución de fines simplemente materialistas e inmanentes es un contrasentido—, mientras no triunfa su sistema, y, si alguna vez alcanza el poder, se vuelve de inmediato un conformista.

Vemos aquí también la base permanente de una auténtica transformación de estructuras. Las estructuras injustas, inadecuadas para servir como medio a una plena realización del hombre, ameritan un cambio radical, inmediato, para adquirir una contextura adecuada. Pero, ¡por favor, —es algo que tenemos que repetir hasta cansarnos— las estructuras no son algo aéreo, flotante, "que está ahí", simplemente. Son creaciones del hombre y es el propio hombre quien las informa y les da contenido. Por tanto, cambio de estructuras que no coloque al hombre como punto de partida, es lucha condenada al fracaso.

En cuanto el hombre es susceptible de cambio espiritual, se nos presenta una faceta del proceso revolucionario de fundamental importancia, de carácter primario, que el materialismo intrascendente de la época pretende olímpicamente ignorar o relegar a un plano meramente secundario.

Como el objetivo del proceso revolucionario es la creación de unas circunstancias temporales óptimas que sirvan de medio a la realización del fin último del hombre —trascendente y eterno— tiene lógicamente que respetar a la libertad y servirle al máximo. Sería la mayor farsa revolucionaria el proponerse el logro de determinados bienes materiales a cambio del asesinato de la libertad. "El día que nos den a escoger entre la libertad y el pan, nos quedaremos con la libertad para seguir luchando por el pan".

Esto es lo que la juventud reclama en el campo de la acción: revolución auténtica, que se plasme en posiciones definidas, en conductas radicales, en acciones audaces que nos hablen de la construcción de un mundo nuevo, sobre las bases del Amor.

La revolución será así lo que debe ser: consigna repleta de contenido hermoso, capaz de dar su aporte para saciar las ansias de verdad de multitudes sin nombre. La juventud que con recto criterio es revolucionaria y cree en la revolución, tiene como fundamental responsabilidad la extirpación, de raíz, de ese maligno rumor de la demagogia, que desprestigia y ensucia —encarnado en mentirosos— las más nobles banderas.

El reto de la historia está lanzado y la generación de victoria está empezando a tejer, con luces de ideal encendido, la aurora más bella del mañana mejor.

JOSE RODRIGUEZ ITURBE

ESTRUCTURA Y MENTALIDAD

(Apuntes para el estudio del cambio social)



La observación aguda y penetrante, la mirada intuitiva del hombre conceder del hombre y sus problemas humanos, y la sencillez y claridad de la exposición didáctica se conjugan en estos breves apuntes del Dr. Calvani. ESTRUCTURA Y MENTALIDAD son los polos entre los cuales transcurre el cambio revolucionario: la disonancia y atonía de ambos es capaz de engendrar las más profundas convulsiones.

ESTRUCTURA Y MENTALIDAD, pues, han de ser consideradas en el estudio del cambio social. Es por ello que consideramos de fundamental interés este breve artículo del Dr. Calvani. En él, desenvueltos en una diáfana simplicidad, los aspectos básicos al través de los cuales hemos de considerar el cambio social.

El examen analítico de la sociedad nos hace distinguir dos elementos fundamentales: a) mentalidades o estructuras mentales. b) estructuras sociales.

Las estructuras sociales, o simplemente estructuras, están constituidas por el conjunto de instituciones y formas sociales en el seno de las cuales actúan los hombres con sus mentalidades.

Las mentalidades o estructuras mentales están constituidas por el conjunto de actitudes y comportamientos que integran la perspectiva dentro de la cual los hombres contemplan el mundo o bajo la cual analizan los problemas y las situaciones.

Existen, pues, indiscutiblemente estructuras mentales que corresponden estrechamente a las estructuras sociales. Estas las acompañan y son inseparables de ellas. Por eso, para que las instituciones sean realmente vividas, no basta que ellas existan solamente en las cosas (como monumentos y documentos de una civilización desaparecida), es necesario que ellas estén presentes en el pensamiento de los hombres. Además, no basta que ellas figuren allí como conocimientos abstractos; ellas deben jugar el papel de elementos determinantes, es decir, ser objetos de adhesión y de creencia. Para ser actuantes, las instituciones deben figurar en las estructuras mentales a título de convicciones susceptibles de provocar estados emocionales. Así, hoy día, por ejemplo, podemos conocer la religión de los Incas; ella puede interesarnos o agradarnos pero no podrá emocionarnos ni influenciar nuestra conducta.

Estructuras sociales y estructuras mentales están sujetas al cambio y a la variación. Entre ambas existen intercambios incesantes, conscientes e inconscientes.

CARACTERISTICAS DE LAS MENTALIDADES

Las mentalidades, vistas como objeto de estudio, presentan una serie de características, que pretendemos considerar en los párrafos siguientes:

A. En primer lugar, la mentalidad ha de ser común a los miembros de una misma civilización. Una sociedad es, en efecto, esencialmente un grupo de personas con mentalidad análoga. Pertenecer a una sociedad significa fundamentalmente tener su mentalidad. Se puede pertenecer a la misma raza, ser contemporáneo, hablar la misma lengua y ser geográficamente vecino y, sin embargo, pertenecer a civilizaciones diferentes. Otras veces, la heterogeneidad existe entre generaciones: nos hallamos en un estado social y mental diferente del de nuestros antepasados. Cuando se comprueba, en el seno de un mismo grupo, la existencia de grandes divergencias en las estructuras mentales se puede inferir de allí que la sociedad se halla en vía de escindirse o transformarse.

B. Por otra parte, la mentalidad es el lazo más resistente que vincula el individuo a su grupo. Robinson hubiera podido vivir veinticinco años aislado en una isla desierta sin que su mentalidad hubiera variado, y habría continuado a tener las creencias, los pensamientos y las preocupaciones del inglés medio de su época. Ni la lejanía ni el exilio bastan para cambiar la mentalidad, aún después de varias generaciones.

C. El tercer rasgo característico de la mentalidad es su extrema estabilidad. Constituye el elemento más resistente de nuestra vida. Nosotros no podríamos cambiar de mentalidad a nuestro gusto o según nuestro deseo. Se puede, obligarnos a ejecutar actos contrarios a nuestras convicciones, imponernos una conducta o constreñirnos a manifestar los simulacros de una creencia. Sin embargo, no se puede imponernos la creencia propiamente dicha, pues, la convicción es un hecho involuntario. Se nos puede vencer por la fuerza o la amenaza, pero no convencernos.

D. Es así como nuestra mentalidad es un condensado interiorizado de la vida social. Ella es indestructible desde fuera y muy difícil de resquebrajar desde dentro. Nuestra mentalidad se interpone entre el universo y nosotros mismos como un prisma. Ella determina, en gran parte, nuestras percepciones, nuestras clasificaciones, e influye en todas las elaboraciones consecutivas. Se sabe que toda percepción comporta una elección: nos percatamos de las cosas en la medida en que ellas nos interesan y en la medida en que nos creemos afectos por ellas. Lo que se ignora no existe para cada cual, aunque tenga, claro está, existencia real y objetiva.

E. Existen, además, relaciones estrechas entre nuestra mentalidad y nuestro organismo físico. Nuestras creencias y nuestros gustos suscitan reflejos condicionados y reacciones viscerales. Los actos que nuestra mentalidad reprueba provocan inhibiciones orgánicas. Así, una comida que creemos impura o sencillamente malsana (por ejemplo el cerdo para los musulmanes) provocará náuseas con disturbios análogos a los del envenenamiento. El hombre primitivo que infringe un tabú importante piensa que va a morir por ello y, a menudo, "muere sinceramente". Así, por ejemplo, el sentido común que, en cada sociedad, está constituido por las ideas y los juicios de valor comúnmente admitidos, tiene un carácter directamente sicosomático. Formar parte verdaderamente de una sociedad, es compartir sus trances, sus entusiasmos y sus repulsiones.

EL MECANISMO DEL CAMBIO SOCIAL

Estructuras materiales o sociales y estructuras mentales constituyen el binomio necesario de todo cambio social. Este, para ser eficaz, debe comportar un cambio tanto en las estructuras sociales como en las estructuras mentales.

En realidad, pues, todo cambio social implica, para ser efectivo, un cambio paralelo y proporcional de estructuras y mentalidades. A todo cambio de mentalidad debe seguir uno de estructuras concomitantes y a todo cambio de estructuras debe corresponder otro de mentalidades concomitantes. Sea, por ejemplo, la instalación de semáforos en las bocacalles y los señalamientos de zonas para el cruce de las vías por los peatones. He allí las estructuras materiales del tránsito en una ciudad moderna. Pero si al público no se le ha educado coetáneamente —si no se ha cambiado su mentalidad— mantendrá un tránsito desordenado, a duras penas respetará el semáforo y cruzará en desorden las calles.

Sea, por ejemplo, asimismo, el caso de la vivienda. Si a grupos humanos acostumbrados a habitar en ranchos —estructuras materiales y sociales—, se les traslada súbitamente a vivir en apartamentos dentro de un superbloque, muy posiblemente convertirán al apartamento en un rancho de cal y ladrillo, pero rancho al fin. El cambio de vivienda debió haberse preparado con anterioridad y, simultáneamente con la mudanza, debió haberse realizado un trabajo social intenso hasta alcanzar un cierto grado de adaptación. O probablemente, no debiera haberse hecho el salto del rancho al edificio de apartamentos sino de la choza a la modesta vivienda individual.

1. Afirmamos, entonces, que un cambio de estructuras materiales sin cambio paralelo de estructuras mentales desembocará en una crisis social por inadaptación. Entre la estructura nueva y la mentalidad vieja se creará un abismo que se llenará a costa de substituciones, superposiciones o desviaciones sociales.

Supongamos que una gran empresa instala en el interior del país un comedor popular que debe sustituir a los antihigiénicos mesones del camino. El servicio de comida se organiza como en la cafetería norteamericana, o sea, que los clientes se sirven ellos mismos. A pesar de que el local tiene aire acondicionado, los trabajadores frecuentan siempre los viejos mesones. ¿Qué ha ocurrido? Un cambio de estructuras sin un cambio de mentalidad concomitante. El trabajador estima que por laborar en una gran empresa y gozar de buena remuneración no debe servirse a sí mismo sino ser servido en sus comidas. En otros términos, no ha comprendido el significado del autoservirse.

2. Igualmente, un cambio de estructuras mentales sin el cambio paralelo de estructuras sociales conllevará una crisis por esfuerzos de adaptación violenta (revolución).

Veamos el mundo de hoy: la explosión demográfica, el acceso de las masas a la cultura, las profundas transformaciones económico-sociales (sindicalismo, crisis del capitalismo, despertar de los pueblos coloniales, aparición de técnicas, etc.) han cambiado la visión del mundo y de sus problemas. Entretanto, sin embargo, las nuevas estructuras adecuadas para los nuevos tiempos apenas empiezan a esbozarse confusamente.

Puede ocurrir, por último, que un cambio de estructuras provoque un cambio de mentalidad pero "desorientado" o "desviado".

El campesino que se incorpora a la industria petrolera recorre, súbitamente, la evolución de siglos del campesino europeo. Su vida y costumbres estarán "desadaptadas" a las nuevas estructuras sociales y mentales. Tomará de ellas elementos superficiales: radio, nevera, etc., pero no sus elementos dinámicos profundos: disciplina, previsión y ahorro, espíritu de trabajo encuadrado y racionalizado, etc.

El problema de todo cambio social reside en saber cómo orientarlo. Todo cambio social planificado tiene que orientarse a la luz de valores éticos y hay que preguntar: ¿se tomará en cuenta a la persona humana? ¿Se tomarán en cuenta sólo los intereses individuales o de grupo? Trátese, por ejemplo, de una política de vivienda. ¿Hacia dónde nos orientaremos? ¿Hacia la vivienda multifamiliar (bloques) o hacia la vivienda unifamiliar (casas individuales o gemelas)?

La importancia de una filosofía en toda organización tendiente a provocar cambios sociales está clara. Si no queremos caer en el totalitarismo, todo cambio social debe inspirarse en el bien común, pero sin sacrificar los valores eternos de la persona humana. Más vale ir despacio sin sacrificar al hombre, que ligero y sacrificarlo; pues esto equivale a no ir a ningún lado, sino desandar camino y retornar a la selva.

ARISTIDES CALVANI

LA REVOLUCION DEL PETROLEO



La historia económica de Venezuela se divide usualmente en dos partes: "antes" del petróleo y "después" del petróleo. A comienzos de siglo, muy poco se diferenciaba a Venezuela de Colombia o del Ecuador: las exportaciones de productos agropecuarios, de haciendas propiedad de la oligarquía, servía para enriquecer más a los ricos, a costa de mantener a la peonada en un escaso nivel de subsistencia. En cambio, sesenta años más tarde, "después del petróleo", la población venezolana ha aumentado a tres veces más, y los ingresos fiscales son ciento sesenta veces mayores. El petróleo se ha convertido en la mayor fuente de empleos y suplidor de numerosos servicios públicos, a costo nominal. En 1900, las exportaciones venezolanas montaban a 65 millones de bolívares; en 1961, sobrepasan los 8 millones. De ese total de 1961, un 92 por ciento era petróleo, obtenido por alrededor de 37.000 personas ocupadas en la industria, asistidos por una cuantiosa inversión en plantas y equipo moderno. Los ingresos fiscales regulares provenientes directamente de la industria petrolera montaron en 1961 a 3.238 millones de bolívares, o sea más del 55 por ciento del total.

La transición entre una economía fiscal de escasez a otra de abundancia de recursos se comenzó a producir entre 1925 y 1930 cuando fue confirmada la extensión e importancia de los campos petroleros del Lago de Maracaibo, donde ya en 1930 la producción había pasado de los 100 millones de barriles. Sin embargo, en 1930 los ingresos fiscales no llegaron sino a 244 millones de bolívares, de los cuales sólo una quinta parte provenía del petróleo. El contraste con 1961 es evidente.

El cambio efectivo más importante quizás coincidió con el final de la Segunda Guerra Mundial y la implantación del llamado "50/50" como guía del reparto de los beneficios de la industria petrolera. Ya para 1948 los ingresos del fisco nacional pasaron de mil millones de bolívares por primera vez. Esto nos indica que para analizar los cambios producidos por el petróleo en Venezuela, seguramente basta con comparar la situación de 1930 con la de una fecha reciente para la que dispongamos de datos adecuados. Los datos mencionados en este artículo como correspondientes a 1960 han sido redondeados y sólo indican los órdenes de magnitud, que definen los puntos de referencia.

Los cambios más radicales en esa treintena de años se han producido en la distribución de la población. En cifras muy redondas, tenemos el siguiente cuadro:

	1930	1960	Aumento
Población rural	2.400.000	3.000.000	600.000
Población urbana	800.000	4.200.000	3.400.000
Total	3.200.000	7.200.000	4.000.000

Si el crecimiento de la población se hubiera repartido entre la población rural y la urbana en estos treinta años en la misma proporción que éstas tenían en 1930, la población rural en 1960 hubiera debido llegar aproximadamente a los 5.400.000 habitantes, y la urbana a 1.800.000. De hecho, el crecimiento urbano ha sido mucho más acelerado que el de la población rural. Se ha producido una gran migración campesina a las ciudades que en esa treintena de años comprendió a más de dos millones de personas, cifra aumentada luego por la inmigración.

Por otra parte, la distribución del ingreso privado para 1960 era aproximadamente la siguiente:

Ingresos	% del ingreso privado	% de familias
Más de Bs. 1.000 mensuales	50%	10%
De Bs. 200 a Bs. 1.000 por mes ...	40%	40%
Menos de Bs. 200 mensuales	10% (¡)	50% (¡)
	100%	100%

No es difícil conjeturar que ese 50 por ciento de la población que no percibe sino el 10 por ciento del ingreso, cuya magnitud absoluta se esconde piadosamente bajo la frase "menos de Bs. 200 mensuales" (de hecho se estima que sea alrededor de Bs. 800 al año) está formado por la totalidad virtual del sector rural y por los desempleados de la zona urbana. En otras palabras los ingresos de la población rural son tales que todavía, en la práctica, viven como vivían hace cuatrocientos años: de la mano a la boca. Evidentemente la parte desempleada de la población urbana, incluida en este sector de ingresos insuficientes, se enfrenta a un problema aún mayor, porque ni siquiera tienen algo que llevar a la boca, cuando no tienen dientes. Estos grupos urbanos se sostienen en la condición de desempleo es fluctuante, o sea que aunque el número total de desempleados sea el mismo, no son siempre las mismas personas las que están desempleadas: en las épocas de empleo obtienen ingresos que les permiten mantenerse más o menos a flote en los tiempos malos.

Pero nos interesa más observar que en 1930, cuando no existía el poderoso imán de los servicios públicos gratuitos en las ciudades (escuela, médico, vivienda) la distribución del ingreso era todavía más rigurosa: en aquel tiempo no era el 50 por ciento, sino quizás el 80 al 90 por ciento de la población el que no tenía ingresos dignos de mencionarse. Recuérdese que en esa época prácticamente no había industrias y que la población urbana se dividía netamente en dos sectores: gente que ganaba plata (ricos, empleados del gobierno y del comercio) y gente de servicio: peones, sirvientes y algún artesano, la mayoría de los cuales apenas percibían lo suficiente para mantener alma y cuerpo juntos. Hoy día, en cambio, existe ese 40 por ciento de la población, esencialmente urbano, que tiene ingresos mensuales entre 200 y 1.000 bolívares ..., bien poco para muchos, pero mucho mejor que nada. Ese sector de la población no existía hace treinta años y debe su existencia al petróleo ..., no directa, sino indirectamente. La gran fuente nueva de empleos y prestación de servicios, de movilización del dinero en grandes cantidades, es el gobierno nacional. La expansión de la burocracia, la multiplicación de los organismos oficiales y de sus gastos por los más diversos motivos fue hecha posible por los cuantiosos ingresos petroleros de los últimos quince a veinte años. Esto a su vez trajo la multiplicación del comercio y de todas las actividades de servicio que acompañan a los grupos de población de ingreso relativamente alto.

Se ha hablado de "deformación" producida en la economía y sociedad venezolanas por el petróleo. La deformación (en este caso sería la situación actual) para merecer el calificativo, debe ser peor, más defectuoso, que la situación no deformada (por ejemplo, la de 1930). Los hechos, sin embargo, indican lo contrario: un aumento muy substancial de la población no ha extraído de las condiciones de vida casi infrahumana, y se les ha abierto una puerta al futuro, proviniendo de ese 40 por ciento de población urbana el grueso del incremento vertical de estudiantes de secundaria, técnica y universitaria que se ha producido en el país. En realidad, la fraseología de "deformación por el petróleo" es usada principalmente por quienes encuentran que la industria petrolera es un obstáculo a sus ambiciones políticas, que ellos ven favorecidas por la crisis y no por la abundancia.

Se ha sugerido que la "siembra" del petróleo hubiera debido realizarse de manera tal que no se produjera ese aumento fenomenal de la población urbana. Pero las condiciones reales del agro venezolano lo impedían ... y todavía impiden efectivamente que la distribución de la riqueza se haga más equilibrada a corto plazo. Estas condiciones se reflejan en las siguientes cifras:

DISTRIBUCION DE LA PORBLACION VENEZOLANA SEGUN EL TAMASO DE LAS LOCALIDADES

Número de casas	Número de localidades	%
1 - 25	30.000	84
25 - 100	4.400	13
más de 100	1.000	3
	35.400	100

Cualquier estimación con esta base indica que la gran mayoría de la población rural venezolana vive en casas aisladas o caseríos de menos de cien habitantes. La casi totalidad de estos sitios carecían de vías modernas de comunicación en 1930, y aún hoy día muchos todavía son inaccesibles para vehículos de motor. Este carácter de extrema dispersión de la población rural y de su inaccesibilidad indica que el prestar servicios públicos a estas poblaciones rurales hubiera excedido con mucho margen los disponibilidades del fisco en cualquier época del pasado. En efecto, lleva a la firme convicción de que la migración del campo a la ciudad fue de hecho la única manera razonable de poder prestar algún servicio al sector rural de la población: "que ellos vinieran a la ciudad, ya que la ciudad no podía, físicamente, ir a ellos".

Hoy día, las perspectivas son distintas: los recursos petroleros han permitido dotar de servicios más o menos adecuados a las ciudades, y en el futuro estos ingresos deberían permitir que a través de carreteras de penetración y el creciente desarrollo de servicios educacionales, sanitarios y de vivienda en las cabeceras distritales y municipales se detenga la migración rural en ese nivel, antes de llegar a las ciudades propiamente dichas. Con el creciente nivel de instrucción de la población joven, veremos en pocos años el impacto total de la verdadera revolución social venezolana, cuando las masas campesinas sepan leer y escribir y por su propio esfuerzo pasen del nivel de subsistencia al de prosperidad.

WOLF PETZALL

LA REVOLUCION EN NUESTRA HISTORIA

RAMON J. VELASQUEZ nos habla del

23 de Enero de 1958



PREGUNTAMOS:

¿En su concepto qué significación tiene dentro de la historia venezolana el movimiento del 23 de enero de 1958?

Las revoluciones presentan matices que las caracterizan, hechos que las tipifican. Recordemos, apenas, los golpes de Estado del 5 de marzo de 1858, 1º de agosto de 1859, 19 de diciembre de 1908, 18 de octubre de 1945, 24 de noviembre de 1948, 2 de diciembre de 1952 ó 23 de enero de 1958. Analizando los factores que conducen a la realización de esos movimientos, las fuerzas que los encabezan, el contenido doctrinario que pregonan sus voceros o los efectos que producen, aislamos las modalidades peculiares de tales sucesos.

Esas modalidades, en el pasado, están condicionadas por las maneras de la época. Una Venezuela siempre a la jineta en potros cerriles, se expresaba a través de modos feudales de gobierno; aquellos viejos caudillos de bíblicas barbas, imponiendo en la plaza del pueblo sus patriarcales ordenanzas; ya convocando a la mesnada que ciegamente los seguiría cualquiera que fuese el rumbo de la aventura.

Entonces, nuestra tierra era como un cercado, casi aislado del resto de la humanidad y apenas si llegaba al seno de nuestros valles el apagado rumor de la resaca comercial cuando tardíamente se conocían las oscilaciones que en los mercados internacionales sufrían algunos frutos.

Luego, la localización de los extensos campos petroleros incluiría a Venezuela en el ámbito mundial y los estremecimientos, las angustias o esperanzas del agitado mundo de las máquinas también repercutirían entre nosotros, provocando dislocamientos políticos de inmensos alcances, profundas modificaciones demográficas, una intensa movilidad en las poblaciones. Ayer, la guerra trasladaba grandes núcleos de un lado a otro del país, hoy, el trasiego de las poblaciones tiene como raíz las oportunidades de trabajo, la escala de salarios, como resultado de las transformaciones económicas que provocan el desplazamiento geográfico de ciertos cultivos, como el café, y la explotación del petróleo, comienzan a integrarse en nuestro país fuerzas sociales y políticas al margen y en oposición al caudillismo tradicional. Son voces nuevas en el ámbito nacional y hacen sus primeros ejercicios durante la "Semana del Estudiante", de 1928. Están aún verdes esas fuerzas y es necesario el repliegue y la sordina.

Una circunstancia fortuita, aun cuando inevitable, el fallecimiento del general Juan Vicente Gómez, hace posible el establecimiento de un sistema embarnizado de democratismo, es cierto, pero que no ataca la estructura fundamental, el modo político semifeudal que domina la política venezolana.

Sin embargo, dentro del marco de libertades, a veces estrecho, de la etapa que preside el general López Contreras, se observa el ascenso de las fuerzas populares, organizadas en partidos de estilo revolucionario y en poderosos y combativos sindicatos. Al mismo tiempo ocurre el reagrupamiento de las fuerzas tradicionales, dispuestas a mantener sus privilegios.

La muerte de Gómez trajo una especie de reactivación en el apacible discurrir de aquellos días. La paz casi conventual se rompió con los estremecimientos de un pueblo que se incorporaba a una nueva vida. La F.E.V. orientaba las ansias reivindicativas de las multitudes desorganizadas. Del exilio llegaban los mensajeros de nuevos conceptos y se organizaban combativos grupos. Los empleados parapetebaan ANDE y los obreros se encuadraban en sindicatos apresuradamente estructurados.

Era la marea democrática en pleno crecimiento, casi desbordante. Ahora ya se buscaba dar un vuelco al sistema político, llevar a cabo la radical transformación que muchos habían abocetado en los presidios políticos o en distintas playas. No tenía todavía el movimiento democrático la necesaria experiencia que dan el tiempo y las reiteradas luchas y se lanzó al combate en la gran huelga general de marzo de 1937 con sus inevitables consecuencias. Fue necesario abandonar las posiciones conquistadas, replegarse para llevar a cabo una nueva y más metódica tarea de adoctrinamiento y preparación, de revisión de programas y objetivos. Frutos de esta estratégica reiterada fueron el robustecimiento del movimiento democrático y la integración de las poderosas organizaciones políticas que surgieron bajo el gobierno del general Medina Angarita.

Esta pugna se va agudizando tanto durante la campaña presidencial que condujo a la elección del general Medina Angarita, como a lo largo de su gestión administrativa. La polémica se va agriando en torno a ciertos temas expuestos ya en el siglo pasado por algunos hombres lúcidos, como Luis López Méndez, hasta desembocar en la violenta solución que se le dio al problema el 18 de octubre de 1945.

La virulencia política de la época hizo fracasar este experimento democrático en 1948 y comenzó el país un largo, silencioso, clandestino y tenaz esfuerzo de reestructuración popular, en algunos aspectos semejantes al realizado en la década 1848-1858.

El golpe del 24 de noviembre de 1948 con su inevitable secuela del 2 de diciembre de 1952, no fue ni podía ser solución a la crisis nacional. Esta continuaba desarrollando sus elementos bajo la clámide púrpura de la dictadura, período en el cual hubo substanciales transformaciones tanto en la calidad, como en las tendencias de las corrientes políticas, sociales y económicas que forcejeaban en el seno de la colectividad venezolana.

El golpe del 24 de noviembre de 1948 es la negación del movimiento democrático, un intento de retorno al pasado autocrático. Implica hasta la negación de todo proceso histórico. No se dieron cuenta sus artífices de que la historia no favorece la reaparición de lo superado. La evolución económica y social del país impondría al final normas propias, acordes con la hora. El país no era ya el cerrado coto de los antiguos caudillos, sino fragmento de un mundo en continuo proceso de transformación. Poderosas fuerzas económicas, antes desconocidas en nuestro medio, podían actuar independientemente frente a los poderes del Estado. La política es contraste diario, polémica; no el resultado de la imposición de los providenciales.

La burguesía nacional no podía sentirse satisfecha bajo el férreo y corrompido sistema que la ahogaba; las clases medias y trabajadoras del campo y la ciudad tampoco podían consentir en el mantenimiento de fórmulas políticas que entrababan su acción. Muchas instituciones desconfiaban tanto de los propósitos políticos y finalidades del régimen imperante como de su estabilidad. Situación que se tornó mucho más grave cuando los altos jerarcas del régimen insurgieron contra las mismas fuerzas que les habían llevado al poder en noviembre de 1948.

Las contradicciones económicas de la dictadura y la labor de organización y disciplina adelantada por las fuerzas democráticas clandestinas, permitió la integración de un frente nacional, cuya vanguardia estaba constituida por los grupos de activistas de los partidos democráticos, del movimiento sindical y grandes núcleos del estudiantado medio y universitario.

La irresponsabilidad administrativa del régimen, los desmanes policiales, la anarquía en materia económica, precipitaron los sucesos que dieron al traste con la dictadura. El estudiantado, al iniciar la lucha decisiva a finales de 1957, avivó la voluntad combativa de todos y pronto ese ánimo luchador se infiltró en el seno mismo de las fuerzas armadas y de la alta burguesía. Unido estrechamente el pueblo en su acepción más amplia y democrática en torno a sus fuerzas armadas, cuyo nombre usurpaba la dictadura, se derrumbó ésta.

Por sobre el tiempo, un lejano nexo vincula la revolución de marzo de 1858 y el movimiento liberador que una centuria más tarde da origen al actual orden constitucional. Es el carácter unitario de cruzada que presentan ambos fenómenos. En uno y otro caso, diez años de injusticia fueron escuela para un duro aprendizaje. Otros rasgos, sin embargo, diferencian radicalmente ambos sucesos. En 1858 liberales y conservadores reunidos para el intento, buscaban presurosamente, con la linterna de Diógenes, una suerte de caudillo militar que encabezara la lucha. Al fin, después de mucho rastrear por las diferentes guarniciones, lo descubrieron en la persona del general Julián Castro.

Hace ciento y tantos años, en 1858, las fuerzas conservadoras logran la primacía política y todo el país quema, entonces, sus esperanzas en la terrible hoguera que enciende Ezequiel Zamora.

Al resplandor de los incendios que alimenta el barinés, se tornan grises los campos con las cenizas de las quemas y se vuelven pavesas las poblaciones. Restallan en centellas montes y llanos, azotados por el látigo inclemente de los fusilazos.

Al cabo del centenario, ante el recuerdo del pasado, cuando la vorágine de Santa Inés es casi recuerdo folklórico, las pugnacidades perviven; pero, las gentes de esta tierra han llegado al acuerdo elemental de que no es la violencia matriz de equilibrio social, ni del ejercicio del derecho de fuerza puede derivarse un régimen de justicia social. El movimiento de 1958, por su mismo origen esencialmente popular, por sus propósitos eminentemente democráticos, no podía fiar su éxito, ni su destino, a una sola personalidad. La épica puede ofrecer una visión distinta de los sucesos. Una visión de grandes murales. De momentos culminantes. La estatuaria quizás llegue a moldear un puñado de ademanes heroicos. La Historia sólo encuentra la marejada anónima allanándole el camino a la justicia. Al pueblo que se irgue para defender el derecho usurpado, las leyes conculcadas.

El 23 de enero de 1958 se inicia una nueva etapa en la vida nacional. La de la colaboración de todas las fuerzas democráticas en el amplio propósito de recuperar el tiempo perdido, de lograr un modo de convivencia nacional que lleve a superar esas fallas tradicionales que han entrabado nuestro desarrollo, que permita darle estabilidad a nuestras instituciones, que lleve al ánimo de todos la conciencia y el concepto de la Ley como única fórmula de regular nuestras relaciones.

RAMON J. VELASQUEZ

GUILLERMO MORON: REVOLUCIONES FRUSTRADAS

¿Quién no conoce a Guillermo Morón? ¿Cuál el universitario venezolano que no ha estudiado por sus libros o por lo menos consultado?

VERTICE, ante el tema de la revolución y a la hora de entrevistar a un historiador, encaminó sus pasos hacia el Dr. Morón. Inteligente, amable, enérgico. Hablamos de publicaciones; de la prestigiosa revista que ha dirigido durante años, de la nuestra, de la universidad. No le gusta hacer declaraciones sobre asuntos directamente relacionados con política, este aspecto hizo que declinase alguna de las preguntas que le formulamos: nos las entregará muy pronto, y mucho más desarrolladas, en el libro que está preparando. Pero... veamos lo que nos dice:



—¿Qué entiende usted por REVOLUCION?

—El sentido histórico de la palabra me parece muy claro: todo cambio sustancial en la estructura de un pueblo. Generalmente, en la experiencia, los cambios revolucionarios han afectado fundamentalmente un aspecto de la estructura. No conozco ninguna revolución que haya logrado el cambio radical en todo: política, económica y socialmente, esto es, incluyendo la cultura. En los tiempos contemporáneos la filosofía marxista ha producido el movimiento político que predica el monopolio de la palabra "revolución". De acuerdo con esa doctrina "la revolución" es una sola. No lo creo: revolución es cambio sustancial en la estructura de un pueblo. Estoy convencido de que si se cambia la estructura radicalmente desaparece el pueblo afectado. Históricamente así está demostrado: ninguna revolución ha cambiado todo.

—Dentro del proceso histórico venezolano, ¿cree que la guerra de Independencia representó una REVOLUCION, en lo social, político y económico?

—La guerra de Independencia representó una revolución en el orden político, al separarse Venezuela y los demás países hispanoamericanos del Estado español y adoptar el sistema republicano. En el orden social los cambios fueron menos revolucionarios. Se conservaron las armazones en líneas generales; las transformaciones y permeabilidades sociales se venían produciendo desde el siglo XVIII. La "igualdad social" republicana era una teoría tomada del derecho indiano. Ustedes saben que la libertad de los esclavos en Venezuela es un punto de la historia de los Monagas. En el orden económico no hubo revolución alguna: ocurrió eso sí un traspaso de la propiedad a las nuevas manos que conquistaron el poder.

—¿Y la guerra federal?

—La guerra federal produjo una revolución social al liquidar las clases dirigentes y al poner en manos de la gente común el poder. Desde entonces los gobernantes han sido reclutados entre la masa soberana.

—Las clases dirigentes en nuestro país, de comienzos de siglo hasta hoy, ¿se han preocupado de orientar al país, resolviendo, o intentando —al menos— resolver, sus más urgentes problemas?

—Después de la guerra federal ha habido necesidad de rehacer las clases dirigentes. El comercio de importación produjo algunos núcleos; el petróleo formó otros; el poder ha constituido los sucesivos que han logrado tener ese poder. Los esfuerzos han sido mínimos. Mientras tanto, el Estado se ha hecho millonario. Si las clases dirigentes se hubieran preocupado realmente por resolver los problemas, ya lo habrían logrado.

Yo soy historiador y no político. Por supuesto que tengo opinión propia sobre el planteamiento contemporáneo. Pero no tengo deseos de meter baza en la polémica actual puramente política. Los artículos y las declaraciones políticas son ajenas a mi temperamento; prefiero escribir un libro, como en efecto lo hago. Puedo adelantarles el título: "Tiempo de la ira".

—¿Qué opina de "Vértice"?

—Me parece una excelente publicación, tanto desde el punto de vista de la impresión, como de su contenido: serio, objetivo, estimulante, sin agresividades.

algunas cifras de nuestra realidad social

introducción

Hablar de revolución presupone un deseo de transformar el estado actual de las cosas, por encontrarse éstas, a juicio de quien defiende esa revolución, en una situación caótica, impotente de dar al hombre los medios necesarios para el logro del fin que como hombre debe conseguir. No quiere decir que la revolución sea el medio para que el hombre pueda alcanzar ese fin, sino que es el vehículo que a través de una mutación feliz y positiva, facilita al hombre la lucha hacia el fin que persigue.

La realidad actual de América Latina, y más en concreto de Venezuela, necesita un estudio estadístico, serio y completo, para no caer en la exageración demagógica, que puede conducir a una actitud impotente por pesimista, o en la alegre satisfacción de un malsano optimismo —que en índice de conformismo—, fruto de la flojera, ante la exigencia que supone una rebelión hacia lo que actualmente poseemos.

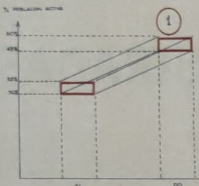
Damos a conocer a nuestros lectores una visión parcial estadística y gráfica de la actual situación, comparando ésta con la de otros países desarrollados que han alcanzado los medios para conseguir las condiciones más óptimas, favorecedoras de la acción humana.

Vamos a dividir, para mejor exposición, este estudio en tres apartados, correspondientes a los conceptos:

—Socio-Económico.
—Educativo, y
—Sanitario.

1) aspecto socio-económico

La población económicamente activa de América Latina es inferior a la que presentan los países desarrollados. Para aumentar el nivel de vida, es necesario incrementar la actividad del trabajo encaminando una población activa creciente hacia los sectores de trabajo más productivos.

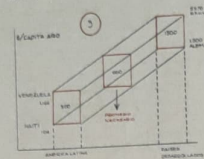


Por otra parte, la población activa de la América Latina está ocupada en profesiones de menos productividad que en los países desarrollados.

Es necesario elevar el nivel de educación y preparación profesional, para lograr un más alto puesto en la escala de productividad y así alcanzar un mayor ingreso.

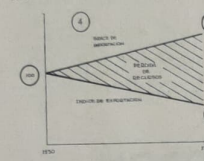
La elevación del nivel educativo y de preparación profesional debe ir acompañado de un incremento del producto bruto interno. Ya que sólo un producto bruto interno por habitante de 500 dólares a 700 dólares, puede considerarse aceptable para lograr unas condiciones normales de vida que permitan, con una buena distribución, un nivel material digno de la persona humana.

Estos objetivos en la América Latina están todavía por alcanzarse en muchos países.



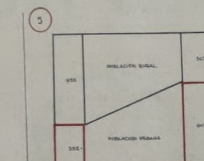
Asimismo, los precios de los productos más propiamente exportables de América Latina, es decir, de productos primarios, han crecido a ritmo menor que los precios de los productos que ésta necesita importar.

Sus reservas monetarias y sus recursos para mantener su nivel de venta tienden, por tanto, al descenso.

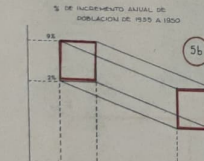


El hombre emigra del campo a la ciudad buscando una mayor remuneración de su trabajo y mejores posibilidades de surgir del montón de mediocridades donde se encuentra sumido.

Los problemas urbanos aumentan por la concentración de población en las ciudades: problema de trabajo; vivienda; educación; organización; tráfico, etc.

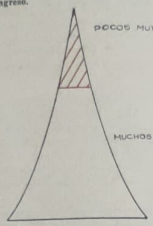


Este hecho objetivo estudiado anteriormente y correspondiente a Venezuela, lo vemos en todo el hemisferio. Su población busca una mejora económica, una vida más digna, más confortable y más social. Las exigencias ciudadanas aumentan y la problemática social se ha urbanizado.



Consecuencialmente a ese éxodo rural, podemos apreciar que los empleados de alto nivel perciben altos salarios, mientras que los obreros, peones, los reciben bajos.

La pirámide laboral presenta una empinada cápide que hay que erosionar con una más equitativa justicia distributiva. Haciendo merecer más a los de abajo por mayor preparación y eficiencia para que abunde una nueva clase media con suficiente ingreso.



Una más justa distribución de la riqueza, que debemos conseguir, nos ha de llevar a esta proporción:



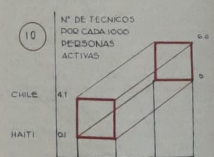
La tecnología, que facilita un régimen de vida más confortable, impulsa a la humanidad a beneficiarse de la urbanización y de la industrialización.

Sin un adecuado equilibrio compensador de las fuerzas materializantes de la gran urbe y la concentración fabril, con la dimensión espiritual del hombre, se provoca la ruptura de la unidad humana, con todas las lacras que conocemos.

La humanidad exige, y hay que darle, esos valores equilibradamente para su adecuada asimilación.

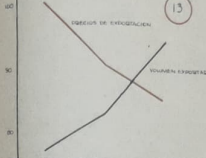


Premisa fundamental nara impulsar el desarrollo es la de aumentar el número de hombres capaces de ejecutar proyectos de mejora material, elevando la eficiencia en el uso de los recursos de los materiales y de los equipos.



Conforme se vaya alcanzando la formación de técnicos y el aprovechamiento de las materias primas, la América Latina, y Venezuela en particular, podrá mirar hacia el mundo sorteando así la protección económica sojuzgadora del Norte y conquistar su autonomía para negociar con USA en plena libertad de oportunidades de ofrecer.

De no ponerse en práctica esa política económica, nuestras exportaciones continuarán en problemática encrucijada. ¿Por qué? Porque los precios de la mayoría de los productos exportados por la América Latina (café, cacao, azúcar, zinc, estaño y petróleo) han bajado bastante y tienden a descender. Entre 1957 y 1960 el precio promedio total ha descendido un 11,5 por ciento estrangulando prácticamente casi todo el 13,5 por ciento de incremento en el volumen de ventas al exterior. Tal situación no tiene precedentes entre los países subdesarrollados del mundo actual.

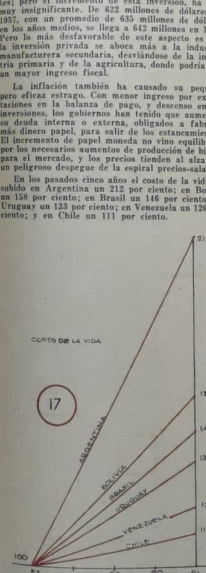


La capacidad de importar está claramente estrangulada por el precario crecimiento de las exportaciones. A excepción de Venezuela con su espectacular cifra de 893 millones de dólares en inyección por la venta de su petróleo, la América Latina tenía en 1961 menos dólares para importar que en 1957 (de 7,19 mil millones a 7,17 mil millones), y en este tiempo de cuatro años, las exigencias han sido mayores por un aumento del 12 por ciento de la población.

Podría pensarse en la inversión privada como elemento niveladar de estas tendencias descendentes; pero el incremento de esta inversión, ha sido muy insignificante. De 622 millones de dólares en 1957, con un promedio de 635 millones de dólares en los años medios, se llega a 642 millones en 1961. Pero lo más desfavorable de este aspecto es que la inversión privada se aboca más a la industria manufacturera secundaria, desviándose de la industria primaria y de la agricultura, donde podría dar un mayor ingreso fiscal.

La inflación también ha causado su pequeño pero eficaz estrago. Con menor ingreso por exportaciones en la balanza de pago, y descenso en las inversiones, los gobiernos han tenido que aumentar su deuda interna o externa, obligados a fabricar más dinero papel, para salir de los estancamientos. El incremento de papel moneda no vino equilibrado por los necesarios aumentos de producción de bienes para el mercado, y los precios tienden al alza con un peligroso despegue de la espiral precios-salarios.

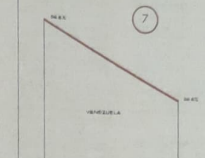
En los pasados cinco años el costo de la vida ha subido en Argentina un 212 por ciento; en Bolivia en 158 por ciento; en Brasil un 146 por ciento; en Uruguay un 133 por ciento; en Venezuela un 120 por ciento; y en Chile un 111 por ciento.



2) aspecto educativo

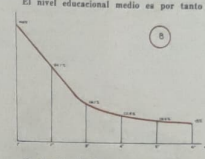
La baja del analfabetismo augura una mejor altura educacional en el futuro.

La campaña educativa debe comenzar desde abajo, para elevarse hasta los niveles técnicos. Un sector educacional despierta inquietudes a cantidatos más capaces, para ascender más alto en la escala profesional.



En Venezuela hay debilidad en la perseverancia educacional. La población que inicia la educación primaria no perservera en la continuidad de su formación y acaba abandonando los estudios antes de completarlos.

El nivel educacional medio es por tanto bajo.



En América Latina, y concretamente en Venezuela, debe aumentarse el porcentaje de maestros y escuelas.

La mayor educación es el objetivo primero y seguro para lograr un resurgimiento rápido, eficaz y bien fundamentado de los países subdesarrollados de América Latina.

Todavía los niveles educacionales distan mucho de alcanzar los de Argentina y EE. UU.

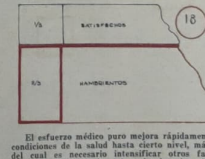
3) aspecto sanitario

El sociólogo francés Rev. P. Lebret ha dicho recientemente que a la vista de las implicaciones humanas que produce, el hambre ha sido el descubrimiento más grande del siglo XX.

La incidencia de estados específicos de hambre, ya sea en su forma típica o en manifestaciones de deficiencia especial, o hambre amagado, según las cifras recopiladas por las Naciones Unidas y la F.A.O., incluye y afecta las dos terceras partes de la población del mundo.

El hombre resiste extraordinariamente el hambre, y esta manifestación de su resistencia se acusa en formas muy variadas y en distintos grados, en los que influyen muy directamente las presiones sociales, las angustias vitales, los afanes, intereses, deseos frustrados, etc. Es difícil separar el hambre del cuerpo, del hambre del espíritu. Y así, en esta intensa desgracia humana que presenta una compleja forma psicológica, no son los factores materiales de escasez alimenticia e indigencia los únicos ni los más importantes.

No es cierta la tesis economista de que el hombre sólo vive de pan.



El esfuerzo médico puro mejora rápidamente las condiciones de la salud hasta cierto nivel, más allá del cual es necesario intensificar otros factores como la higienización del suelo, la educación, la nutrición, la vivienda y el standard económico, para que la acción médica pura siga desarrollándose a ritmo elevado.

Si los factores citados retrocedeu, bajan asimismo los índices de salud a pesar de la mayor atención médica. En resumen, la atención médica se encuentra muchas veces inutilizada por defectos en otros factores sociales que requieren mayor incremento.

Entre ellos, el más importante tal vez, es el mejoramiento de la nutrición.

Venezuela, de acuerdo con su nivel de ingreso, debería tener un consumo de calorías más alto que el actual.

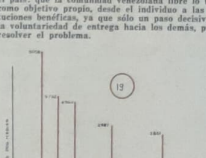
El Instituto Nacional de Nutrición y el Patronato Nacional de Comedores Escolares programaron para 1962 la construcción de 100 comedores urbanos y 420 rurales para servir un total de 38 millones de cubiertos con un gasto total de 50 millones de bolívares.

Las exigencias para 1963 crecen a proporción superior a la población, porque es necesario incorporar a más venezolanos al régimen regular mínimo de la nutrición necesaria.

Es necesario un mínimo de un médico por mil habitantes. En Venezuela todavía un médico debe atender en promedio a 1.402 habitantes, y hay lugares del interior, como en el Estado Yaracuy donde la proporción es de un médico por 5.008 habitantes.

Muchos médicos deben permanecer inactivos en la ciudad, por no contar con medios para realizar su misión en el interior.

Sólo hay un camino para llegar a una distribución más equitativa de la atención médica en todo el país: que la comunidad venezolana libre lo tome como objetivo propio, desde el individuo a las instituciones benéficas, ya que sólo un paso decisivo de la voluntariedad de entrega hacia los demás, puede resolver el problema.



Solamente un 34 por ciento de la población venezolana está servida por acueductos y no llega a un 18 por ciento el porcentaje servido por cloacas.

Desde el Distrito Federal, donde estos porcentajes son, respectivamente, el 100 por ciento y 63,4 por ciento, las cifras descienden a niveles ínfimos en el interior, con el 3 por ciento en Miranda; el 3,6 por ciento con acueductos en Nueva Esparta y 2,9 por ciento con cloacas en Apure, sin contar Cojedes y Nueva Esparta, Estados que no pueden ni calificarse en cuanto a su servicio de alcantarillas.

Con las condiciones de higiene en esta situación y el modo de vivir tan precario, es fácil imaginarse el estado de indigencia en que se encuentran.

Este estado de deficiencia sanitaria viene a agravar la falla de vivienda en nuestro país. En Venezuela hay un millón doscientas mil viviendas, de las cuales setecientas mil son ranchos y, de éstos, cuatrocientos treinta y dos mil pertenecen a las áreas rurales. La estrechez y las malas condiciones higiénicas de los llamados ranchos es el origen del hacinamiento físico y moral.

Si tomamos en cuenta que la población de Venezuela ha pasado de 3.364.347, en 1936, a 7.523.999, en 1961, vemos que en la actualidad corresponde a cada vivienda un promedio de 6,2 personas, cifra que no es mala de por sí, en teoría, pero que resulta inadecuada en la práctica dada la gran proporción de ranchos y, sobre todo, de ranchos rurales. Vivienda muchas veces inferior a la proporcionada a los animales.

conclusión

No podemos olvidar nunca que por encima de todas estas cifras negativas, está un potencial inagotable, única reserva vital que puede voltear la coyuntura hacia los caminos de bonanza y progreso. Y éste será, sin duda alguna, el creciente caudal de hombres, de inteligencias, corazones y voluntades conscientes y luchadores, que van a entregarse con entusiasmo a esta hermosa tarea de hacer un nuevo mundo, impulsado por una revolución consciente, y fundamentada en la roca viva de la doctrina inconmovible que permanece siempre.

¿Qué exigimos de la revolución?

América Latina está postrada en las ancas de un cuerpo macilento y un clamor estertóreo ha resonado de un extremo a otro del continente: ¡Revolución! Los dirigentes de nuestros pueblos, los corazones famélicos de los sin techo, los largos siglos de miseria han hecho coro y retumba nuestra tierra: ¡Revolución! ¡Es necesaria una revolución en la América Latina! La mirada visionaria del profeta de lo político, la especulación activa del soñador, el ansia incontenida del mejor futuro han amparado y acogido el grito. Latinoamérica se conmueve. ¡Revolución! Hemos visto enarbolarse las banderas del cambio, y las hemos visto sobre muchas tiendas. Vimos un mástil clavado en los Andes, y cuyas raíces se asentaban en la pampa. La hora del cambio social, político, económico está sonando y nuestro pueblo se prepara para cambiar de vida. Pero, ¿a dónde va la revolución?

Es este el problema angustioso que hemos de plantearnos porque aún estamos a tiempo para ello. La posición del universitario ante la realidad de su tiempo ha de ser activa y clara. No se nos ha dado el escoger nuestro siglo ni nuestro mundo. No se nos ha dado el escoger talentos. Pero se nos ha dado la vida y ella ha traído consigo tiempo, mundo y talentos. Y además, cargando sobre sus hombros, ha traído un conjunto de compromisos intransferibles, nacidos de cada una de las circunstancias anteriores. La Universidad ha de buscar la verdad intemporal, pero no ha de desligarse del mundo que la rodea; ha de ser luminaria activa del destino del pueblo, y motor dinámico de su evolución histórica. Por eso, se nos impone el estudio de la revolución; porque es un hecho su presión y porque es inminente la acción. No se trata, entonces, de desvirtuar la misión de la Universidad, sino de hacerla realidad, moviendo a sus hombres al estudio y la acción en torno al tiempo y la circunstancia que nos rodea. La vocación universitaria exige que nos enfrentemos a la revolución, que examinemos la realidad o falsedad de su fundamentación, que preguntemos por sus metas, y sobre todo, hurgando hondo, que descubramos la ideología que la orienta. Actuando de esta forma seremos capaces de exigir de la revolución, porque habremos cumplido el compromiso que teníamos contraído con ella y con nuestro pueblo. Precisando, con radical intención de servicio, las orientaciones, condiciones y metas de la revolución, seremos capaces de denunciar los intereses oscuros y los servilismos torvos que intentan mezclar grupos apátridas, eternos propiciadores del hundimiento de la Patria en irrescatables simas.

Abramos, entonces, la puerta al tema, corto intento de precisar condiciones a cumplir por la Revolución. Es el qué exigimos de la revolución. Lo que debe hacer, o mejor, los requisitos que ha de llenar, so pena de frustrar nuestro destino histórico.

Surge, pues, una primera condición: *que sea pacífica*. Y parece un contrasentido que, si estudiamos con ánimo objetivo, digamos que la revolución haya de ser pacífica. La palabra está manchada con duras jornadas de sangre y el brillo de la guillotina o de la cuerda de la horca, o el bosco rumor de un cañón parecen sus acompañantes más propios. Sin embargo, no sólo pedimos que sea pacífica: *decimos que si no es pacífica no será auténtica*, y *por lo tanto, que será un nuevo engaño a la historia*. Pacífica, porque la paz trae exigencias de verdad a la vida humana individual, y porque sólo se logra con esfuerzo. La revolución no puede escoger el camino fácil de echar a rodar todo, porque de esta forma no se construye. Hay que transformar a los hombres y a las estructuras no echándolas abajo simplemente, sino creando un nuevo orden. Y esto requiere la paz, engendrará la paz. El restablecimiento de los auténticos valores, la creación de un orden distinto en la convivencia, han de propiciar un clima de paz: armonía esforzada en la verdad. Quien no quiera revolución pacífica, que tiña su bandera en la sangre de los muertos del pasado, y la enarbole turbia para que la conozca el mundo. Y ese, a ese no pediremos colaboración: hemos de signarlo como adversario, porque va al fondo del abismo, mientras queremos ir nosotros a la cumbre de la montaña.

Pero que la revolución sea pacífica no quiere decir que ha de ser quieta. Por eso los hombres inquietos han aborrecido la paz: *porque ésta se ha pintado como la calma muelle de un mar de aceite*. Y es todo lo contrario: es armonía, que engendra reposo y quietud, pero producto de acción vigorosa. Nace, por eso, de aquí, la segunda exigencia que hemos de hacer a la revolución: *que sea eficaz*. Hay, para ello, que conocer la estructura, para poder interpretar su grado de maduración, calibrando las exigencias del cambio. Hemos de tener presente que los cambios no se improvisan, sino que han de ser exigencia misma de la realidad. De otra forma, inventando enfermedades en un cuerpo sano, somos capaces de cometer un crimen, atiborrándolo de medicinas inadecuadas. "Las revoluciones —dice Sicaca— no se inventan y si se inventan o abortan o nacen raquíticas, siendo siempre ruinosas". Y afirmando más la necesidad de la maduración de la estructura: "Las revoluciones auténticas, que tienen profundidad en la conciencia de los pueblos y presupuestos históricos, brotan después de un lento proceso, imprevistas e irrefrenables". Desconocer que el hombre no puede romper con su pasado de un tajo es desconocer la esencia misma del hombre; es más, es el pasado quien, cargando sobre el presente, da muchas veces el rumbo de las orientaciones futuras. Se impone a la revolución el venir dada por la realidad misma, que la pidan las estructuras.



A esta condición fundamental para la génesis de la revolución auténtica ha de seguir, o acompañar, un cambio avanzado en la mentalidad de los grupos motores de la sociedad. La transformación eficaz del hombre, de cada hombre, y sobre todo, de los hombres líderes, en un sentido amplio de la palabra, es lo único capaz de garantizar la permanencia del cambio. Si cambian los hombres la revolución construirá; será efectiva renovación de estructuras caducas. Están cansados ya nuestros pueblos de los grupos aventureros que han asaltado en repetidas oportunidades el poder, amparados en la bandera del cambio social. Ellos han sido los peores enemigos de la real transformación, porque han sembrado la semilla del escepticismo en muchos corazones. Por ellos nuestros pueblos se han visto arrastrando años de ignominia. Esta es la posición a destruir: ¡Hay que acabar con los revolucionarios que sólo buscan asaltar el poder! Se trata de cambiar la sociedad, y para eso, hemos de exigir a los hombres que predican el cambio una efectiva adecuación de sus vidas a su prédica. Y además, hemos de exigir voluntad de servicio y sinceridad, porque han sido charlatanes y demagogos los peores enemigos de cualquier movimiento eficaz.

La tercera condición viene concatenada a las dos primeras: *el cambio ha de estar orientado al hombre*. Es decir, ha de buscar realizar los valores perdidos. Ha de construir en base a la dignidad y libertad de la persona humana y ha de construir tomando en cuenta a los hombres para la sociedad. Es falso el cambio que sumerge el hombre en la más acentuada esclavitud a la estructura económica. Es falso el cambio que pretenda afirmar que lo principal del hombre es su estómago. Es falso el cambio que olvide la transformación interior del hombre, porque sin ella serán incapaces — por impreparados — esos hombres de usar la libertad que se les confiere. Por eso, no podemos permitir que se pisoteen valores humanos para lograr fines teóricamente ideales. Si la revolución toma el camino fácil de olvidar al hombre, nos quedaremos con el hombre maltrecho, y la revolución dormida en una piedra.

Esto, todo esto que exigimos de la revolución, exige de nuestros hombres, exige de nosotros universitarios, una profunda formación y una amplia generosidad. Y se nos da a escoger muchas veces entre enquistarnos en una torre de marfil dedicados al cultivo egoísta de la inteligencia, o el lanzarnos desenfrenadamente a la acción. Sin embargo, ninguna de las dos posiciones sirve, porque ambas son igualmente engañosas. Hay que combinar el estudio y la acción — la acción como universitarios — y dar entonces nuestra vida, como cuota ardiente en servicio de la Patria.

RAFAEL T. CALDERA PIETRI

LA REVOLUCION ES INEVITABLE

nos dice Remo di Natale

No hemos querido que faltara en este número, que VERTICE dedica a la revolución, la voz clara de este gran luchador. Remo di Natale, una de las figuras más destacadas de la democracia latinoamericana: ex candidato a la presidencia de nuestro continente; hombre curtido en el campo de la problemática económico-humanista. Lo encontramos dispuesto, lo está siempre que se trata de dialogar con algún universitario, para que con su tradicional amabilidad y sencillez nos contestara a las preguntas que deseábamos hacerle:

LIBERTAD ¿PARA QUE?

No me propongo glosar el libro de Bernanos en el cual se nos contesta el ¿para qué? de la libertad. Tan solo quiero hacerles a muchos la pregunta que yo me formulé hace ya varios años, cuando al escudriñar la vitrina de una librería europea llamó mi atención el título de la obra de ese autor: "Libertad ¿Para qué?" La pregunta me detuvo y no puedo negar que dada mi juventud llegó a desconcertarme. ¿Es que acaso algún hombre se atrevía a engañar algo tan absurdo? Yo estaba convencido que era justamente la libertad la que contestaba a la angustia de los seres humanos, que era también mi propia angustia. ¡Libertad! ¡Libertad!: Sí, me dije cúmulo de proyectos que llevo dentro de mí y los hombres me impiden realizar. Para vivir libremente en definitiva, como todos los que están a mi alrededor dicen que se tiene que vivir. ¿Por qué Bernanos hacía una pregunta tan sin sentido? Caminé calle abajo pensando en el libro que no me atrevía a comprar. Me parecía tan sin razón la pregunta. Ciertamente saber la razón de ser de la obra de Bernanos, me convenció de que quien había formulado aquella pregunta no debía ser tan tonto como yo había creído.

¿Y qué es la libertad?, me empecé a preguntar; y entonces me di cuenta que el vocablo LIBERTAD es uno de los más vendidos por los hombres. Todos los que quieren aparentar que piensan se levantan proclamando a la libertad como bandera un nombre del cual no se han preguntado el ¿para qué? Cada quien ha interpretado el concepto como mejor compensa sus propios intereses. Estas abstracciones tan amplias, capaces de arrastrar a las masas, terminan por servir de mampara a los afanes obscuros y egoístas de nuestra propia naturaleza.

Muy pocos quieren enfrentarse con la auténtica y real libertad. Aquella que permite al hombre desarrollarse de forma cabal en su total dimensión humana y divina, haciendo de sí mismo una creatura con trascendencia fuera de lo temporal. Todos, al contrario, siguen gritando sin sentido: Libertad, libertad, cuando ya se han precipitado en el caos que nos rodea. Tenemos que luchar en el campo de la realidad como premisa previa. El espiritualista y el materialista que se dan cita para resolver un problema de libertad de prensa, por ejemplo, tendrán, para poder sacar fruto de la discusión, que partir de la base de que ambos tienen una diversa interpretación del concepto. La carencia de libertad en que vive la prensa de los países comunistas es considerada por los propios seguidores de Marx y de Lenin como una circunstancia indispensable para el triunfo de la revolución, mientras consideran como delito cualquier reglamentación de la prensa dentro de un régimen democrático. Es necesario analizar estas actitudes antes de comenzar a discutir en el cualquier tópico sobre la libertad.

La bandera de la libertad mentirosa ha ganado puesto en el mundo y es necesario desenmascararla cuando todavía estamos a tiempo. El lema de "Libertad, Igualdad y Fraternidad" está pidiendo a gritos una revisión. No es necesario asustarse ni mostrar por tal situación, pero es necesario callar a los corifeos que arrastran a los pueblos a la guerra y la muerte por unos conceptos que no tienen verdad. En nombre de la libertad ha saltado el salvaje mientras el hombre íntegro se ahoga en nuestras entrañas.

Bernanos tenía razón: ¿para qué? ¿Para que la libertad? Y es que no seremos libres mientras no nos detengamos a considerar la pregunta y decididamente actuemos como seres racionales. La libertad será entonces lo más definitivo y lo más fundamental que nos obliga y lo que nos impulsa. Lo que nos permite merecer o nos hace fracasar. Lo que da vida de nuestra vida una aventura que incluye grandes riesgos.

Es la libertad la que nos permite conjugar ese odioso vocablo tan desusado en nuestro tiempo que es LA RESPONSABILIDAD. Porque somos libres somos responsables, y en la medida que seamos responsables seremos auténticamente libres. Nuestra cruzada, la cruzada del siglo XX tiene que cimentarse en la lucha por conseguir esa responsabilidad necesaria para que podamos verdaderamente decir que estamos luchando por la libertad. Lo demás huelga. Las palabras pasan. Lo único que permanece es la victoria efectiva. En vez de empuñar armas de fuego y gritar libertad, libertad, debemos responsabilizarnos por nuestra misión y tomar conciencia responsable de nuestra condición: La libertad, entonces, será el fruto jugoso de nuestro esfuerzo vivido responsablemente.

Actuar, tomar sobre sí cargas sociales y políticas, cumplir los compromisos libremente contraídos, es la manera de hacer efectiva la libertad, manifestación de un espíritu de responsabilidad. El bochinche, el atropello, la guachafita y el irrespeto son animaladas que no merecen ni pueden ser correspondidas con la libertad. Tomar conciencia de la responsabilidad de no emitir sonidos por la libertad mientras actuamos irresponsablemente, es algo que nos exige una sociedad cansada y herida por la secuela de vicios que la libertad, en ella el engaño como sistema.

En los países donde la libertad es auténtica bandera vemos como ella es el precio justo de una profunda conciencia de responsabilidad colectiva. Por tanto, donde no hay tal manifestación de responsabilidad que exige sin duda desvelo y sacrificio, no podremos jamás pretender poseer esta bandera como nuestra. Los hombres han gritado a secas: LIBERTAD, y en nombre de ella se ha matado y se sigue ultrajando. La mayoría desconoce la auténtica dimensión de un derecho que nos dio Dios a los hombres para que lo gozáramos en proporción directa a nuestra responsabilidad. Bernanos tenía razón: ¿Para qué? ¿Para qué queremos la libertad si desconocemos lo que ella significa y supone?

EIRENE RUA

—Don Remo, ¿qué entiende usted por revolución?

—Una transformación rápida de las estructuras económicas, sociales y políticas. Lleva consigo un cambio de las costumbres y de los esquemas mentales. La revolución buena es simultáneamente económica y moral. Quienes están comprometidos con ella han de saber encarnar en sus propias vidas los valores de la justicia, de la solidaridad humana, del sacrificio y deben adquirir cada día mayor eficacia en la acción.

—¿Cree usted que la revolución es en nuestro tiempo inevitable?

—La Segunda Guerra Mundial ha significado el ingreso de la humanidad en una época que se desenvuelve bajo el signo de la revolución más vasta y profunda de toda la historia. La técnica nos ha colocado en los albores de la conquista del espacio extraterrestre: en esta década presenciaremos los primeros viajes a la luna. Esa misma técnica ha producido armas tan monstruosas que, por temor a un ataque atómico sorpresivo, por primera vez en toda la historia los pueblos están en condiciones reales de alcanzar el desarme total para implantar la paz definitiva. En los últimos veinte años el comunismo ha logrado imponerse en un conjunto de países con una población de setecientos millones de habitantes, sin contar la de Rusia. Las colonias adquieren su independencia: en estas dos últimas décadas ha sido duplicado el número de los llamados países libres. Los grandes y tradicionales enemigos, Francia y Alemania, han constituido junto con otros países el mercado común europeo y preparan su integración política. Todos estos fenómenos señalan el paso de la humanidad por un vastísimo proceso revolucionario. La revolución es inevitable porque no podrán comprar nunca esos productos, modelo una psicología revolucionaria.

—¿Cree usted que la revolución es en nuestro tiempo inevitable?

—La Segunda Guerra Mundial ha significado el ingreso de la humanidad en una época que se desenvuelve bajo el signo de la revolución más vasta y profunda de toda la historia. La técnica nos ha colocado en los albores de la conquista del espacio extraterrestre: en esta década presenciaremos los primeros viajes a la luna. Esa misma técnica ha producido armas tan monstruosas que, por temor a un ataque atómico sorpresivo, por primera vez en toda la historia los pueblos están en condiciones reales de alcanzar el desarme total para implantar la paz definitiva. En los últimos veinte años el comunismo ha logrado imponerse en un conjunto de países con una población de setecientos millones de habitantes, sin contar la de Rusia. Las colonias adquieren su independencia: en estas dos últimas décadas ha sido duplicado el número de los llamados países libres. Los grandes y tradicionales enemigos, Francia y Alemania, han constituido junto con otros países el mercado común europeo y preparan su integración política. Todos estos fenómenos señalan el paso de la humanidad por un vastísimo proceso revolucionario. La revolución es inevitable porque no podrán comprar nunca esos productos, modelo una psicología revolucionaria.

—¿Qué cauce tomará la revolución latinoamericana?

—Confío que tomará un cauce humano. Todos los que de entre los cristianos revolucionarios sepan encontrar tácticas eficaces y lleguen a formar un número importante de hombres realistas, responsables, capaces de trabajar en equipo.

—¿Cree usted que hoy vivimos un proceso revolucionario en Venezuela?

—Ningún país podrá escapar a la corriente revolucionaria de nuestra época. En Venezuela se dan hoy dos fenómenos que pueden considerarse integrantes de un proceso revolucionario: la implantación de un régimen constitucional que tiende a mantener la democracia, y la iniciación de una reforma agraria. Ambos fenómenos necesitan las rectificaciones que deberá señalar un estudio objetivo de la realidad actual. Salvar la democracia y realizar la reforma agraria son dos imperativos históricos para Venezuela.

—¿Qué opina usted sobre "Vértice"?

—Han comenzado bien. Pero, toda obra es siempre susceptible de superación y yo creo que Vértice continuará superándose. Adelante.



c) El incremento diario del número de desempleados. Cada día aumenta el número de los desocupados, de los desesperados que son el germen de una revolución violenta.

d) El aumento diario del número de los hambrientos. De acuerdo con los datos oficiales de organismos de las Naciones Unidas, en 1961 el 65 por ciento de la población latinoamericana recibe el calificativo de hambriento. ¡Ciento treinta millones de hambrientos! Y su número crece todos los días.

e) El "efecto Duesenberry", esto es, el impacto revolucionario que crea en los pobres la propaganda comercial. Día tras día, la radio, la televisión, las vitrinas de los almacenes vienen repitiendo a la gente que para ser feliz debe comprar tales o cuales productos. La frustración de las multitudes que saben que con las actuales estructuras no podrán comprar nunca esos productos, modela una psicología revolucionaria.

f) La existencia de un sindicalismo revolucionario.

g) La acción del comunismo. Esta acción crea fermentos revolucionarios, aun cuando al tomar el poder no realiza verdaderamente una revolución porque no libera al hombre y más bien lo esclaviza a un totalitarismo.

h) La conciencia cristiana de jóvenes partidos políticos que han deducido de los principios cristianos la necesidad de una revolución en este continente. Así, por ejemplo, el POC está hoy produciendo un enorme impacto revolucionario en el Brasil con el Proyecto Franco Montoro que contempla la nacionalización del capitalismo en ese país por comunidades de empresa, a través de la participación creciente de los trabajadores en las utilidades y en la propiedad de las empresas, de tal manera que, de acuerdo con el Proyecto, dentro de veinte o veinticinco años ya no quedaría en el Brasil una sola empresa capitalista.

—¿Qué cauce tomará la revolución latinoamericana?

—Confío que tomará un cauce humano. Todos los que de entre los cristianos revolucionarios sepan encontrar tácticas eficaces y lleguen a formar un número importante de hombres realistas, responsables, capaces de trabajar en equipo.

—¿Cree usted que hoy vivimos un proceso revolucionario en Venezuela?

—Ningún país podrá escapar a la corriente revolucionaria de nuestra época. En Venezuela se dan hoy dos fenómenos que pueden considerarse integrantes de un proceso revolucionario: la implantación de un régimen constitucional que tiende a mantener la democracia, y la iniciación de una reforma agraria. Ambos fenómenos necesitan las rectificaciones que deberá señalar un estudio objetivo de la realidad actual. Salvar la democracia y realizar la reforma agraria son dos imperativos históricos para Venezuela.

—¿Qué opina usted sobre "Vértice"?

—Han comenzado bien. Pero, toda obra es siempre susceptible de superación y yo creo que Vértice continuará superándose. Adelante.

SOBRE LA REVOLUCION MARXISTA por: VICTOR ROMANO

¿cuál será el final?

la revolución perenne

El comunismo se ha preciado siempre de ser la filosofía del cambio. Marx y Engels en sus comentarios sobre las tesis materialistas de Ludwig Feuerbach, señalan especialmente este propósito de su tarea. Soñaron y subrayaron constantemente la idea del cambio radical de estructuras, la sustitución del orden social y económico viejo y caduco del capitalismo, por un orden nuevo, rezumante de vitalidad y perfección, en donde no cabrían explotadores ni explotados, porque tenía que ser una sociedad sin cataratos, sin clases ni privilegios: la utopía de la igualdad, realizada en un mundo de policromea variedad y diferencia.

El gran fracaso del comunismo en que este ideal tan anhelado por el cual según ellos es justificable una revolución sangrienta, no ha llegado ni puede llegar jamás. El estadio intermedio a la etapa culminadora de su trayectoria, que han llamado dictadura del proletariado, ha dejado una estela anquilosada de atavismos burgueses arraigados, por lo materialistas que son, con tal profundidad en el socialismo, que es imposible desintertarlos sin hacerlo un cadáver.

El resultado de su revolución social, ha sido una completa regresión a la forma más reaccionaria que puede existir de burguesía, que es la burguesía consolidada, sin posibilidades de liberación. Y de este modo los que se enorgullecieron un día por creerse en el liderato del cambio radical de estructuras, han hincado profundamente sus zumos en la misma víbora de donde quisieron partir.

Siguiendo siempre de modo intachable y obstinado la línea de la dialéctica, el marxismo augura el cambio inexorable e indetenible de las estructuras sociales, como una de tantas aplicaciones de la síntesis, en el gran proceso evolutivo de la dialéctica de la historia. La consideración exclusivamente material del mundo social, como parte del cosmos, obliga al marxismo a plantearse la historia, dentro del mismo orden de argumentos, que los cambios en la materia.

Pero estas ideas en sí mismas, no muestran tanto el camino extraviado. Hasta, con la adecuada interpretación, tienen algo de verdad en tanto no colisionan valores más altos. Lo peor del marxismo es su ciega fe en la mecánica dialéctica inexorable y necesaria, que atropella toda otra idea. No importa arrasar con todo. En ella, es necesaria la violencia; el carácter destructivo de la revolución es una condición indispensable para la sustentación del orden nuevo. Debe edificarse sobre cenizas y ruinas; no cabe el refaccionado, porque existe siempre el peligro que el edificio viejo destruya la nueva construcción.

Mas aquí nos encontramos con la primera contradicción de su planteamiento. La revolución es necesaria. Tiene su germen en el mismo sistema viejo que está en crisis. Nadie puede evitarla, y no obstante hay que provocarla. Podríamos decir en categórico imperativo: ¡HAY QUE ELEGIRLA! En imperativo paradójico, porque es el único imperativo incorrecto al construirse con un verbo que lo repugna.

El marxismo da un carácter mesiánico y único a su revolución. Así como las revoluciones anteriores han sido una simple sustitución de explotadores, la revolución proletaria, exterminará la clase explotadora, y pondrá en el poder a los representantes de los proletarios. Más adelante, cuando el marxismo explica el cómo se determina este cambio, tiene que incurrir en otra contradicción de sus argumentos, porque la Dictadura del proletariado viene a ser una explotación a la inversa. Es el volteo completo de la burguesía. Ahora los más son los explotadores, y los menos los explotados. Pero esto no es más que un estado transitorio del cambio violento que debe operarse por la tercera ley de las transformaciones naturales. Y ¡oh! ¡prodigio de la paciencia revolucionaria!... La violencia creadora, no se acaba de endosiar del todo, en una titubeante violencia destructiva, mas no una construcción violenta en la línea evolutiva. Una revolución rápida para destruir, pero lenta en el construir el nuevo orden, que sigue siendo el nirvana anhelante de todo comunista embaucado. No es el viejo Estado en otras manos, ni los mismos perros con otros collares", pero acaba siendo: "los mismos perros con los mismos collares".

Los teóricos y clásicos nunca dijeron cual sería la duración de la dictadura del proletariado. Su planteamiento hacía ver el paso transitorio que ésta significaba. Su definición la daba cierto carácter de provisionalidad. Mas ahora la cosa es distinta. Parece que la ingrata historia ha jugado un mal paso al marxismo, dejándolo a un callejón sin salida. Y sabemos muy bien que la historia nunca va para atrás, ¿cuál será el final?

"Que la clase gobernante tiemble ante la revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder sino sus cadenas. En cambio tienen un mundo por ganar".

La Internacional Comunista

El aciago presagio se ha cumplido sólo en la primera parte. La revolución comunista nada ha dado a los proletarios, aunque haya arrasado con la clase gobernante y la haya hecho temblar de terror. La revolución comunista ha sido una auténtica revolución frustrada. El reguero de violencia y de sangre que vaticinaba el cambio total, ha resultado infructuoso, porque la revolución y el cambio se ha quedado operar solamente en la superficie amorfa de una masa sin espíritu y sin vida.

No se puede hacer cambiar a una persona, el primero se la mata. De un cadáver no se puede hacer otro cadáver, mientras que si de un hombre viejo se puede hacer un hombre nuevo, constantemente rejuvenecido y renovado en el espíritu vivificador que mares de modo indeleble su ser.

La doctrina de la revolución en el marxismo, acusa un marcado carácter apocalíptico. Ahí se nota el sello semítico de Marx, de la constante espera de la redención, y la conciencia de la naturaleza caída que se arrastra en el mundo con precaria flexión existencial. Mas todo esto lo sintió Marx desgraciadamente en un gravitar agarrotador de la materia, con tal fuerza, que le fue imposible librarse de ella y no pudo alzarla por encima del sí mismo corpóreo, para aprehender la dimensión que trasciende la corporeidad, para colmar así la plenitud de la mismidad humana.

De ahí que la revolución marxista, no ha podido ni podrá nunca hacer un cambio integral en la sociedad por más que violente y agote la agresividad y profundidad de un cambio, no es sinónimo de violencia. El cambio podrá ser tanto más convulsivo, rápido y completo, cuanto más entitativamente próximo y penetrante sea, es decir, cuanto más se acerque a la esencia del sujeto que cambia. El cambio marxista, no pasa de ser un cambio accidental que operará sólo en una coentidad material, parcial e incompleta del ser social.

La nueva sociedad, no puede ser sino una sociedad de hombres nuevos. No se puede pasar por alto, como hace el marxismo, el carácter subjetivo-personal de la sociedad. La sociedad es de personas, de sujetos existenciales, concretos, libres y con su propia personalidad. Una finalidad que las trasciende. La sociedad no cambia si no hay cambio en las personas. No un cambio sustitutivo de individualidades, sino un cambio que rasa el sustantivo en las individualidades. No basta que se haga una simple "dislocación" de las personas en el orden que están colocadas en la sociedad. Poner en lugar de los que han sido capitalistas a los que han sido proletarios, y viceversa, no hace más que preparar el terreno para la venganza. Y en la venganza no está la justicia ni individual ni social.

El cambio que espera el marxismo es el que se desprende de la tercera ley de la naturaleza. La ley del milagro de la transformación por la cantidad en la cualidad. La ley del salto discontinuo. La ley de transformación, dogma inflexible de la filosofía de la naturaleza marxista, dice que de un desenvolvimiento cuantitativo y continuo en una realidad —material— surge con frecuencia una forma nueva sustantivamente distinta.

¿Con qué frecuencia? ¿Cuándo puede surgir y cuándo no? ¿Por qué el caso de la revolución social inevitable es uno de los elegidos por la naturaleza caprichosa? Estas preguntas no las puede contestar el marxismo más que con tautologías.

A pesar de la fatalidad de la ley de la naturaleza, el marxismo hace un intento de argumentación, esforzado final por amarrar la cola de un valor que se le escapa: la libertad. Tiene un poder demasiado demagógico para dejar que sea propiedad exclusiva del enemigo. Y con este intento frustrado, en como el marxismo pone de manifiesto las más profundas grietas de su quebrado monolito.

El burgués no se somete sin la batalla —dice el marxismo—, no claudica, por eso es culpable de la violencia. Son culpables por defender su libertad, son culpables por no rendirse a la revolución necesaria. El hombre debe elegir la revolución marxista, pero no puede elegir el oponerse. Es una elección univoca. Una elección sin sentido del explicable con una negación de la evidencia. La filosofía comunista de la revolución supone la libertad de elegirla, pero repudia la elección de impedirla. El espiritualismo hegeliano traiciona la pretendida lógica del materialismo dialéctico y acaba definiendo una curiosa libertad "trabada" por la necesidad.

Lo peor de la pretendida revolución marxista es que no sólo no cambia nada, al regresar al punto de partida, sino que dificulta la posibilidad del cambio necesario; es el mayor obstáculo a la revolución perenne, auténtica y radical, la única capaz de cambiar al hombre y por tanto la única que puede cambiar a la sociedad de hombres nuevos. Encluastrada con sus fuertes élitros de tiranía y materialismo, condena a cadena perpetua las únicas valores capaces de engendrar el cambio.

El auténtico cambio a operarse en una sociedad en donde hay sometedores y sometidos, deberá ser un cambio ordenador de los valores tergiversados. El único cambio eficaz, la única revolución que es capaz de enderezar lo torcido y renovar lo caduco, es la que pone en su sitio los valores básicos primarios y hace que los valores satélites y subsidiarios se enfoquen de cara al centro de gravedad de la estructura. Y de ahí que tal revolución sólo pueda sustentarse en una concepción verdadera de la esencia humana en su doble dimensión inmanente y trascendente. Hacia adentro y hacia afuera. Porque esta es la única concepción real y completa del hombre y la sociedad que constituye.

La verdadera revolución es un cambio constantemente mantenido. Es una renovación permanente del hombre. Rejuvenecimiento vitalizador que mantiene el orden de la libertad y pertenencia. Es una participación del hombre en la eternidad. Un hilo desde la ultra-historia que alegra y sustenta su perenne juventud.

No es una revolución destructiva, no es una revolución "anti", porque no hay nada indigno, en su verdadero y adecuado puesto. Más que un cambio de estructuras es un "hacer estructuras" donde no las hay y debe haberlas. Usará de todos los valores humanos, porque todos son buenos en su lugar. No necesita quitar nada. No le estorba nada del hombre. Es una revolución que alegra al hombre y le da paz y gozo. Es un cambio que extermina para siempre la tristeza y la angustia aún en medio de la escasez material. Porque no es una revolución material. Porque no basta un cambio económico, que es una simple sustitución entre ricos y pobres, saciados e insatisfechos.

No penetra la entraña de la problemática realidad ninguna de las revoluciones que pretende exclusivamente solucionar el problema de las necesidades humanas, con base al principio: "el hombre vive sólo de pan". Porque el hombre, y la sociedad de hombres, no es un conjunto de cuerpos vivos, como una mesnada de corderos o de tigres, sino bastante más: fundamentalmente un conjunto de seres libres que tienen la finalidad de merecer.

Si una revolución no está insertada en esta realidad, y no se aboca hásicamente a edificar en el hombre la estructura ausente o debilitada por la existencia aberrante de la persona, no pasará de ser un simple cambio aparente regresivo a las mismas injusticias sociales, ya que el hombre y la sociedad cargan sobre sí y cargarán siempre como lastre de un vivir macerante.

Y el sello que marca la gran diferencia entre la revolución propugnada en la marcha y destructor perenne del espíritu que alienta y vivifica constantemente la juventud del hombre nuevo, en la alegría y la paz interior. El espíritu humano que sufre el encarcelamiento de la materia sin el hálito de la esperanza liberadora, no puede tener paz, y no cabe más que una actitud trágica frente al ahora negativo y destructor de una revolución de éxito dudoso pendiente del capricho de la historia. Mientras que el hombre que sabe a donde va, porque conoce la verdad en el centro y ve en sí mismo la realización de las constantes posibilidades de su ser, que se dirigen a la plenitud, forzosamente sentirá aún aquí en la tierra, con un existir material penoso y escaso, la gran alegría interior que es el punto álgido en que culmina la revolución.



el mundo no nos es ajeno

En el momento en que afirmamos nuestra compleja realidad: cuerpo y alma, materia y espíritu y en que confesamos como verdad fundamental la Encarnación del Hijo de Dios, estamos lanzando al mundo un mensaje de presencia, estamos diciéndonos a nosotros mismos que no sólo frente al más allá hemos comprometido nuestro diario existir, sino que, por el contrario, debemos realizarnos en un momento histórico y en un sitio determinado.

Mucho se habla en este siglo de la necesidad de reconquistarlo para nuestro ideal —quiero hablar a los cristianos—, poco, sin embargo, se precisa cómo ha de ser esa labor de reconquista.

Con frecuencia encontramos personas que quisieran renunciar a su mísera libertad, con tal de ver realizado ese objetivo y no son escasos los planteamientos que pretenden colocar sobre los hombros de la Iglesia —sociedad perfecta en el orden sobrenatural— y de sus ministros, esa tarea, entregando en sus manos lo que atañe a las relaciones temporales.

Más aún, no es extraño escuchar lamentos pesimistas que predican el abandono de la esperanza divina, a través de su triple labor: magisterio, ministerio y jurisdicción.

Hasta el momento pareciera que, en consecuencia, ni la Iglesia, ni el cristiano, tiene una misión en el orden temporal. No hace referencia a la Iglesia, pero sí de lo que atañe al cristiano.

Si la fe y la caridad son principios que hacen referencia a la totalidad de la persona humana, que han de "encarnarse" plenamente en cada hombre, es evidente que necesariamente deben reflejarse en el orden temporal. Pudiéramos afirmar que ni la Encarnación ni la Redención han terminado: en cada cristiano deben operarse ambos misterios so pena de que él no realice su destino.

Una revisión histórica nos comprueba que la libertad, la justicia, la dignidad de la persona humana, el amor y el respeto mutuo en las relaciones sociales, la asistencia al desposeído, son —entre otros— principios y valores que el cristiano propugna como fundamentales a su realización temporal y que deben ser logrados en cada vida cristiana.

Pero además, si el mundo es un instrumento —aún cuando transitorio— y si el hombre en buena parte es producto de su ambiente y medio, es indudable que por vía de consecuencia, es necesario realizar una labor para transformar las estructuras temporales y hacerlas, cuando menos, menos resistentes a la acción trascendente.

Sin embargo no es allí donde radica el meollo de la cuestión referida —como lo hemos hecho— al cristiano. El cristiano es el punto de contacto entre Dios y el mundo. Este es creación del mismo Dios, objeto de su Amor y de su Redención y por tanto susceptible de mejoramiento y perdón: perdón en la medida en que vive una fe operativa, mejoramiento en tanto que encarna una caridad total.

Y ambas tareas son nuestra responsabilidad: somos y debemos ser levadura y sal, factores activos en esa labor: libres, conscientes y responsables.

Si nuestra presencia no se manifiesta como un impulso hacia la transformación de nuestro espacio y nuestro tiempo, en pos de esos principios y valores que proclama el cristianismo, podemos decir que estamos en presencia de una traición. Personas concretas y aún generaciones, han descubierto la historia y ante la magnitud que asume su papel en ella, no han tenido otra posición que la de evadir su responsabilidad personal: es por ello que hoy debemos proclamar nuestra tarea de reconquista, en lugar de poder hablar de afianzamiento de algo que ya es nuestro. Es por ello que contemplamos —a veces sin escándalo, para rubor nuestro— esa especie de esquizofrenia en la vida de tantos hombres, esa falta de unidad de vida, que aparece monstruosa ante los ojos de los demás.

Nuestro objetivo no es necesariamente el triunfo —esto tampoco se quiere comprender— pero sí una *acción potencialmente triunfal*: todos los medios humanos deben ser puestos en práctica en nuestro diario vivir, en la conciencia de que, por sus puntos de contacto entre Dios y el mundo, nuestra traición es como amputar los brazos a la omnipotencia divina.

Por ello, en nuestro medio, con nuestra capacidad personal, en la medida de nuestras fuerzas y a la luz de nuestros principios, debemos ser un factor de crítica y revisión constantes: todas las instituciones y realidades temporales nos preocupan, en todas ellas podemos y debemos plasmar nuestros ideales: relaciones familiares, escolares en todos sus niveles, de amistad, de trabajo; instituciones económicas, sociales y políticas; todo ello nos espera para recibir el impulso hacia su propia perfección. Y nuestra acción no ha de ser guiada por un temor ante la acción de los demás, para conservar estructuras e instituciones que nos son dadas por un devenir histórico que muchas veces es resultado de la traición de nuestros antecesores.

Podríamos decir que prescindimos de los otros en nuestra tarea porque nos guía una fuerza propia y por que tenemos unos objetivos propios, pero que no los despreciamos puesto que ellos son también realidades que debemos transformar.

Cultura, técnica y ciencia son nuestros aliados para hacer de nuestra acción algo capaz de alcanzar el triunfo: allí está nuestro instrumental y es esto lo que con más frecuencia hemos olvidado.

ENRIQUE PEREZ OLIVARES



revolución y cultura

Está de moda hablar de revolución. Toda facción política que desee tener alguna oportunidad en la accesión al poder, debe utilizar esta palabra como compendio y objetivo primero de su programa político. Ningún partido se atrevería a salir a la lucha política si no proclamara como ineludible necesidad nacional, el logro de una revolución que, alterando el curso rutinario de los hechos, colocara al país en el efectivo curso histórico que reclama su situación actual y sus aspiraciones en el futuro.

Revolución democrática. Revolución cristiana. Revolución obrera. Revolución en la Universidad, en las estructuras sociales, en la organización económica, en la administración del Estado; revolución, revolución... Etéreo concepto, expresión inquieta de desasosiego, exenta inconcreta de la ansiedad de espíritu, esperanza no definida de los desheredados; búsqueda de caminos, rebeldía; posibilidad de acción en una juventud que desea un quehacer digno que justifique su presencia en el cuerpo social.

Qué bien expresa la palabra revolución, inconcreta, inoperante y ausente de contenido, toda la tragedia del vacío interior de amplios sectores sociales de nuestros países latinoamericanos. Revolución, ansia de algo. Que por fin tengamos en nuestras manos una finalidad que nos justifique. Revolución: algo tan ansiado, tan querido, tan sublimado, que todo logro real es polvo, insuficiencia. La revolución, la verdadera, la auténtica, sigue estando aún más allá, era "otra cosa", era la suprema liberación, el logro definitivo de toda aspiración personal y colectiva. La revolución para nuestro pueblo tiene un sentido místico, definitivo, absoluto.

La palabra revolución es y ha venido siendo durante un largo lapso de la historia moderna el sustituto laico y algunas veces diabólico de la necesidad de Absoluto. La historia de muchas revoluciones en las que se ha ventilado fundamentalmente la incorporación de un proletariado interno a la vida del cuerpo social en el que se encontraba pero al cual no pertenecía con pleno derecho, ha sido casi siempre la historia desilusionante de una cadena continua de frustraciones desde la mejicana y la rusa, pasando por la española hasta la más reciente de Cuba. El testimonio histórico más impresionante de este juego cruel y doloroso nos lo ha dejado Boris Pasternak en su *Doctor Živago*, porque la sustitución laica del Absoluto engendra un hijo natural: el vacío angustioso y paralizante. No hay tragedia peor en la vida que darlo *todo* por *nada*. Los héroes revolucionarios, aquellos que fueron la realización viva de una idea mística, esperanza del pueblo, sólo tienen un modo digno de terminar su misión: morir en la lucha por la conquista de su idea, porque una vez llegado el triunfo, o su mismo grandioso idealismo los incapacita para afrontar la realidad de que *en el fondo* nada ha cambiado o si asumen el poder en la normalidad se convierten *ipso facto* en los traidores de la misma idea por la que se sacrificaron. Aquellos que murieron en la lucha desigual y heroica en los montes, entre privaciones y sufrimientos por el triunfo de un orden "nuevo" y justo, que eran la esperanza gozosa aún no realizada, la idea en camino hacia el logro de la plenitud —por su mismo carácter ascensional hacia algo que se había sublimado y cuyos límites no se vislumbraban—, siguen y seguirán siendo en la mente del pueblo los "puros", los "auténticos", los que no traicionaron la idea y esa aspiración truncada hacia lo definitivo seguirá siendo el acicate continuo que por fin conducirá al "paraíso".

Tras los que luchan con todo su ser por el triunfo de la "redención", de la idea sublime, están los que saben que la única idea sublime que se ventila (estamos hablando del sentido laico algunas veces diabólico del concepto de revolución) es el logro del poder... Estos saben tan perfectamente lo falso de la situación que una vez alcanzado el poder no sufren ninguna desilusión. El poder es el poder, aunque para ello haya que poner en juego, diabólicamente, rezetimos, las más raras y profundas aspiraciones del espíritu humano.

Qué bien expresa esta devoción popular por los héroes, que mueren en la lucha por el triunfo de una idea, el carácter teológico de nuestra condición de caminantes temporales hacia la plenitud. Una plenitud que comenzada en envoltura temporal se alcanza totalmente en el plano del espíritu. Una esperanza sin límites que espera su plenitud en la tierra, no puede conocer más que desilusión cuando se concreta en una realidad sumamente limitada y lógicamente imperfecta.

Los logros de las revoluciones, en el sentido en que nos venimos expresando, no son a veces totalmente estériles en el plano material, pero el trastorno y el vacío espiritual que provocan, dejan un desánimo y una desorientación colectiva que en ocasiones tarda muchos años en superarse.

Esta forma de entender el problema, está basada fundamentalmente en la más peligrosa crisis que se haya presentado hasta el momento presente a la revolución occidental; es decir, aquel intento, intento suicida, de separar el progreso material (el progreso con mayúscula) de la raíz cultural que lo justificaba, lo impulsaba y le daba su razón de ser: el cristianismo. El laicismo intelectual, despojado de un soporte legítimo ha venido produciendo un serie de mitos, ficciones y desequilibrios que nos obligan a revisar cuidadosa y profundamente aquellos conceptos sobre los que pretendemos hacer plataforma para continuar y cumplir nuestro destino histórico y dar una auténtica razón de ser a nuestros pueblos. Pero volvamos a la "revolución"; el hecho de que esta palabra siga siendo el eje sobre el que se mueve la vida política de casi todos los países de América nos obliga a no ignorarla. Mejor fuera hacerlo así. La realidad de que determinadas tendencias, más o menos bien enraizadas en tradición cultural las utilicen en sus "slogans", nos obliga a aceptarla para poder entendernos, y en cierto aspecto, debiendo manifestar con toda claridad nuestra disconformidad con la situación en que nos hallamos nos impulsaría a enarbolarla; valga todo ello en función de hacernos entender. En sí, la utilización del vocablo y la corrupción con que se emplea y lo que con él se pretende en ciertos sectores politizados, inconscientes, nos impulsaría a calificarlo, sin ninguna duda, de inaceptable.

Personal y colectivamente, dentro de la unidad del género humano, seguimos una línea de progreso que tiende, por naturaleza, a la consecución de la plenitud de nuestro ser; la variedad de las individualidades enriquece la unidad del conjunto, las idiosincrasias regionales enriquecen la unidad cultural del país, los grupos raciales con la acentuación de ciertas características específicas tienden a hacer más bella la armonía del conjunto. Los diversos grupos culturales, dentro de la unidad de destino humana, evitan los desequilibrios que podrían provocar el predominio de las tendencias unilaterales de un solo grupo cultural. Y así, cada cuerpo social estructurado tiene una misión histórica a cumplir que contribuye al progreso de la humanidad. Estos aportes culturales en cuanto no traicionan el destino del hombre, pueden ser distintos pero nunca opuestos ni incompatibles.

Por diversos motivos, cuyas últimas causas hay que buscarlas en la inestabilidad esencial de la naturaleza humana, algunos estamentos del cuerpo social o un determinado cuerpo social completo se detienen en el camino y quieren hacer de su condición temporal transitoria, de su aporte parcial, una condición absoluta de la existencia. Cuando es todo un grupo social el que adopta esta postura y pretende imponerla al resto de y humanidad surgen las guerras de conquista, etc. La humanidad sufre un hache hasta absorber el quiste momentáneo que la paraliza y luego continúa su camino. Cuando es un determinado estamento social, normal y lógicamente el dominante en algún sentido, la élite, el que se paraliza, el que se niega a caminar, el que quiere hacer morada definitiva y permanente de una situación para gozar de unos determinados privilegios, es preciso superar la dificultad para continuar el camino. Estas élites que siempre marcan la pauta en las naciones son fundamentalmente dañinas en cuanto se desvinculan de la tradición cultural de la sociedad en que se mueven; el desequilibrio económico que provocan y el ejercicio de un poder político injusto al margen de las necesidades de la comunidad no son más que consecuencias de la previa ruptura cultural; es como si soltaran el timón de la nave —con la responsabilidad que ello significa—, y dejando que se vaya al garete sin rumbo determinado, imaginan que su sola presencia justifica la existencia del barco y el trabajo de la tripulación; el resto del cuerpo social, no pudiendo imitar ni seguir lo que ya es vacío y no camina, tiende a arrollar la muralla paralizadora para continuar el viaje. El problema seriamente planteado es cómo continuar navegando sin hundir el barco y sin trasladarse a otro que marcha en dirección distinta y a veces opuesta.

Si aquellos que toman conciencia del desajuste y asumen la posición de vanguardia renovadora, no son conscientes de la alta misión que les corresponde, después de arrojar a los inútiles por la borda dan vuelta sobre sí mismos pretendiendo hacer creer a los demás que porque el barco se ha movido, caminan. Revolución (hablamos ahora en un posible recto sentido de la palabra) es quitar obstáculos que entorpecen el verdadero camino, es luchar por la verdad con todas las fuerzas, es ponerse al servicio de una idea que pueda colmar las nobles aspiraciones de los hombres en base a su situación real sobre la tierra. Para todos aquellos que sienten la inquietud renovadora, ese deseo de nuevos y más puros horizontes, que aspiran a realizar un verdadero servicio en favor de los hombres, que sepan que no tienen otro camino que buscar la verdad dentro de sí mismos, perfeccionarse, y luego procurar con sinceridad llevar esa misma verdad a sus hermanos. Eso sí, con toda energía, con toda pasión y, sobre todo, con toda abnegación. Lo demás, con o sin pistolas, son palabras vacías (revolución, revolución) que no conducen a nada.

FERNANDO CERVIGON

